# El exterminio de la Calavera

JOSÉ MALLORQUÍ




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

# Prólogo

# EL EXTERMINIO

# *DE LA*

# «CALAVERA»

## En el Sur confederado

A través de la lona de la tienda se filtraba la luz de las dos grandes lámparas de petróleo que la iluminaban. Hasta un momento antes aquella luz había recortado en la tela las siluetas de dos soldados y de los fusiles que sostenían. Pero en aquel momento, los dos soldados, vestidos con los desteñidos uniformes azules del Norte, acababan de salir de la tienda de campaña y disponíanse a continuar la vigilancia fuera de ella. La preocupación del general Alex MacNair, comandante del Cuerpo de Voluntarios de Connecticut, era exagerada, porque los dos soldados mal podían comprender lo que iba a decirse dentro de la tienda. Hacía tiempo que los Voluntarios de Connecticut habían dejado de formar el nervio del Cuerpo. Cuatro años de lucha continua contra los ejércitos confederados, abrieron irrellenables brechas en sus filas, y en las operaciones efectuadas en Virginia acabaron de caer los pocos que recordaban el principio de la guerra; pero aún se conservaba la bandera, y mientras existe bandera existe regimiento. En los puestos dejados vacantes por los hijos de Connecticut, formaban ahora hombres de todas las regiones del mundo, especialmente alemanes de los distintos Estados germanos, acudidos a la América del Norte a luchar por la causa antiesclavista, que pagaba buenas soldadas y prometía, para el futuro, tierras y nacionalidad nueva. El abuelo del general MacNair había luchado con Washington contra los hesianos reclutados por Inglaterra para someter a las colonias. Ahora, el nieto tenía a sus órdenes a más de cuatrocientos hesianos, algunos de ellos nietos de los que fueron llevados a América unos tres cuartos de siglo antes.

Los dos centinelas a quienes había hecho salir de la tienda eran alemanes, de los llegados últimamente al regimiento, incapaces, todavía, de entender otras voces inglesas que las de mando. Mal hubiesen podido comprender nada de cuanto iba a decirse en la tienda del general; pero éste decidió que si, además de no entender el inglés, no oían ni una palabra de lo que tenía que decir, la seguridad de que no le entenderían sería total.

-Señorita Saint Clair, ya estamos solos -dijo, con voz opaca, el general.

Sus cansados ojos, falsamente inexpresivos, contemplaron una vez más a la mujer que estaba sentada ante él. Ginevra Saint Clair era su verdadero nombre, aunque en la Virginia del Oeste se la conociese por la señora de Perkins, viuda de un teniente Perkins caído en los primeros días de la lucha. La señora de Perkins se encontraba en el Sur en el momento de estallar la guerra, y sólo a costa de grandes penalidades consiguió llegar, por California, hasta las líneas nordistas. Era muy joven, representaba dieciocho años, aunque confesaba tener veintiún No era la juventud su único atractivo pues su belleza era muy grande. Morena, de cabellos de un negro azulado, tez blanquísima y ojos claros, resultaba arrebatadoramente exótica. Su cuerpo de líneas perfectas, se acusaba bajo el elegante traje que vestía. Y su rostro poseía una expresión de ingenuidad y inocencia que le habían sido muy útil durante casi cuatro años.

Pero la máscara había caído ya, aunque la joven tratara de mantenerla, no ocultaba nada. La verdad se había descubierto, y sobre la joven sentada ante el general se cernía la sombra de la horca, el instrumento de muerte reservado a los espías.

-Las pruebas que tenemos contra usted, señorita Saint Clair, son abrumadoras e incontestables.

-General, está usted en un terrible error -murmuró la joven, con expresión de infinita inocencia-. Un error en el que usted debe de haber caído involuntariamente.

MacNair movió negativamente la cabeza.

-Reconozco que es usted admirable señorita -dijo-. Pocas personas suelen conservar la serenidad en un momento como éste, en que se está resolviendo su porvenir. He tenido ante mí a muchos espías, varios de ellos hombres de gran valor, pero ninguno supo llevar hasta este extremo su resistencia.

-Tal vez porque eran culpables y, en cambio, yo soy inocente -replicó con suave acento la mujer.

-Un momento, señorita Saint Clair. En esta carpeta -MacNair golpeó con el índice una carpeta de cartón que tenía ante él- están todas las pruebas que necesitábamos contra usted. Absolutamente todas. Nos han sido remitidas por nuestros espías en el Sur y por nuestro servicio de contraespionaje. Señorita Ginevra Saint Clair, de Baton Rouge, ferviente partidaria de la Confederación, a la que ha ayudado mejor que muchos de sus generales. Nos ha hecho usted mucho daño, porque en vez de buscar la información en los altos jefes la ha sacado de los tenientes, capitanes y comandantes que aspiraban a sustituir al pobre Perkins, a quien casi nadie conoció y del que se sabe que murió con escasa gloria a las puertas de Washington, cuando la caída de la capital parecía inminente. Perkins tenía, realmente, una esposa morena y joven que se encuentra detenida, desde los principios de la guerra, en Richmond, y a la cual usted ha sustituido desde el momento en que fue encarcelada. Como ve, lo sabernos todo, y puedo asegurarle, sin mentir, que el tribunal que debe juzgarla está ya reunido en espera de que mis soldados la conduzcan ante él. En cuanto usted entre en la tienda donde va a ser juzgada, se leerán las acusaciones que se contienen en esta carpeta, acudirán varios testigos, ya convocados, y a las dos de la madrugada el juicio habrá terminado. La sentencia se dictará en seguida: será una sentencia de muerte, sin apelación posible, y cuando el sol se asome a la tierra, lo primero que verá será una horca, junto a la cual usted aguardará que den las seis. A esa hora, la última que oirá sonar, será usted ahorcada.

Ginevra Saint Clair inclinó la cabeza y su emoción sólo se acusó en la fuerza con que apretó el pañuelito de batista que tenía entre las manos. MacNair, que no la perdía de vista, admiró su valor y, a pesar de que la implacable guerra en que tan importante papel había desempeñado, debiera haber borrado de su corazón todo sentimentalismo, no pudo contener un escalofrío que le asaltó al imaginar la horrible muerte que esperaba a aquella mujercita. Sólo recordando que cientos y miles de hombres murieron a causa de las informaciones que aquella misma mujer arrancó al Norte en beneficio del Sur, pudo el general dominarse y proseguir con el plan trazado por él.

-Como ve, señorita Saint Clair, nada puede librarla de la horca.

Las claras pupilas de la joven miraron fijamente al barbudo general y, de pronto, una bella sonrisa dejó al descubierto una doble hilera de blanquísimos dientes.

-Está usted en un error, general -dijo Ginevra.

-Ya le he dicho que las pruebas que poseemos son irrebatibles.

-No me refiero a eso, sino a lo de mi muerte. Usted no piensa entregarme, por ahora al menos, al tribunal militar que ha de dictar la sentencia.

-¿Por qué dice usted eso? -preguntó MacNair.

-Porque lo veo en sus ojos. Ha tenido usted muy mala suerte, Alejandro Mac Nair. Su puesto debiera ser el de generalísimo de todos los Ejércitos Federales. Con el debido respeto al general Grant, debo decirle que es usted mil veces superior a él.

-Si espera valerse de sus halagos a mi vanidad, pierde usted el tiempo, señorita.

-Ya sé que usted está por encima de esas vanidades, general; pero ¡qué enorme

diferencia entre ese general que gana batallas a base de un cálculo tan sencillo como es el de enviar cien mil hombres a la conquista de una posición que, lógicamente, debería ser conquistada por diez mil! No es exagerado el apodo de «Carnicero» que han aplicado los del Norte a Ulises S. Grant. En cambio, usted habría sabido conquistar con dos mil hombres esa misma posición que Grant arrolla con cien mil, dejando sobre el terreno quince mil muertos. Usted es el cerebro; él es el empuje brutal. Claro que él también triunfa; pero eso no es fácil que pase a la Historia como un gran estratega; en cambio, estoy casi segura de que al general Alex MacNair se le admirará mucho dentro de cuarenta o cincuenta años, y sus operaciones en Tennesee, Virginia y Alabama harán las delicias de quienes las estudien. Ahora, diga lo que desea proponerme.

MacNair no pudo contener una sonrisa.

-Es usted tal como yo la había imaginado, señorita Saint Clair. Sólo así ha podido burlarse durante tantos años de nuestros hombres.

-Si usted no hubiera intervenido, aún me seguiría burlando de ellos.

-Es posible. ¿Por qué cree que deseo proponerle algo?

-Porque si no fuera así se habría limitado a enviar esas pruebas al tribunal, ahorrándose una entrevista que, para un caballero, no puede tener nada de agradable. Enviar a una mujer al patíbulo es cosa propia de jueces avinagrados, de esos que huelen a polvo y a tinta. A ningún militar le gusta.

-Tiene razón; pero no olvide que mis sentimientos están dominados por el recuerdo de los muchos soldados que han muerto a causa de los informes que usted remitió a la Confederación. Cuando en Forking Meadows ya estaba a punto de conseguir una brillante victoria que acaso me habría valido el puesto de generalísimo, usted se interpuso en mi camino comunicando a Beauregard, por medio de una de las palomas mensajeras que guardaba en su casita, cuál era la potencia exacta de mis fuerzas. Beauregard, que ya se retiraba, convencido de que tenía delante a un enemigo diez veces superior, dio media vuelta, dibujó un movimiento envolvente, y Alex MacNair tuvo que batirse en retirada.

-Una retirada que fue un modelo de perfección -sonrió Ginevra.

-Una perfección insignificante frente a lo que pareció maniobra sabiamente ejecutada por Beauregard: un repliegue general por el centro, dejando ligeras posiciones en las alas para conservar libres las dos carreteras por las que luego se iba a dividir todo el ejército de Beauregard, dejando vacío el centro y dibujando una muralla que se iba a cerrar detrás de MacNair, quien, con todas las comunicaciones con la retaguardia cortadas, iba a verse empujado hacia la masa principal de las fuerzas confederadas, en tanto que los hombres de Beauregard, de espaldas al Norte, le irían empujando hasta el lugar elegido para destruirlo o hacerle prisionero. Cuando se hable de la acción de Forking Meadows, se dirá que el Cuerpo de Voluntarios de Connecticut escapó a todo correr del zarpazo que lanzó Beauregard. Como ve, señorita Saint Clair, sé a qué atenerme acerca de usted. El saber que la habían ahorcado no me quitaría el sueño.

-Pero, de todas formas, le puedo ser más útil viva que muerta. Hable y quizá lleguemos a entendernos.

De los ojos de Ginevra había desaparecido toda ingenuidad. Ahora eran fríos, acerados, como los del general, que la contemplaba lleno de interés.

-Bien, echaremos las cartas sobre la mesa -dijo MacNair-. Si hablo con crudeza no interprete mis palabras como deseo de insultarla. Los dos estamos más allá de esas pequeñeces.

-Desde luego. Hable usted.

-Señorita Saint Clair. La guerra se termina. El Sur la perdió en los primeros meses de lucha, cuando frente a sus valientes soldados e inteligentísimos jefes sólo había un ejército desprovisto de organización y de virtudes castrenses. Entonces sus generales no supieron dar el golpe definitivo. Acaso les faltó decisión o estuvieron mal informados. Desde luego, no tenían a una espía como usted. Sea cual sea el motivo de aquella no victoria cuando los triunfos estaban en manos del Sur, la realidad es que la suerte de la Confederación estaba ya echada, y que su destrucción o derrota es sólo cuestión de tiempo. De unos meses o de un

año. Lee y los demás generales lo saben. Sin embargo, continúan la lucha apoyados por todos sus partidarios, y aunque enemigos, yo admiro su valor y me indigno ante su error. Ningún beneficio reportará a nuestra nación el que la lucha continúe.

-La Confederación aún puede triunfar -dijo Ginevra.

-¿Con qué armas? -preguntó el general-. ¿Con las que recibe de Inglaterra a través del bloqueo? No tiene ni para armar a dos regimientos. Mientras ha ido de victoria en victoria, ha podido reponer sus reservas de armamento con el que abandonaban nuestros soldados; pero desde que llegó el momento de ir atrás y de abandonar material de guerra en vez de recogerlo, sus posibilidades de victoria se han reducido al mínimo. Carece de industria de guerra; carece de todo, porque ni siquiera puede hilar y tejer el algodón que dan sus campos. No, señorita Saint Clair, el Sur ha perdido definitivamente la guerra. Sólo hace falta darle un buen empujón, y se derrumbará. Y usted lo sabe tan bien como nosotros. Hace tiempo que lucha usted con poco entusiasmo. Sabe que lo hace por una causa perdida. ¿No es cierto?

-Tal vez -admitió Ginevra-. Pero las causas perdidas son las más atractivas para los románticos.

-Pero usted no es una romántica.

-Lo he sido.

-No lo niego; pero ahora ya no lo es... ni puede serlo. El romanticismo precede a las guerras y renace después de ellas; luego, durante la lucha, sólo hay patriotismo y valor. Usted es valiente y es patriota; pero no se forja ideas equivocadas acerca de las posibilidades de victoria del Sur. Mas no perdamos el tiempo discutiendo lo que no necesita discusión. Usted sabe cuál es la situación del Sur y también cuál es la de usted. Sobre su cabeza pende la sentencia de muerte. ¿Desea usted morir?

-Cuando empecé a luchar por mi causa supe a lo que me exponía -replicó Ginevra Saint Clair.

-Le ruego que conteste a mi pregunta. Si desea morir, dígalo y la ayudaré a satisfacer sus deseos. Es posible que dentro de cincuenta años tenga usted un monumento en la plaza Mayor de Baton Rouge, en el cual se represente a una hermosa mujer antes de subir a la horca. ¿Le alegrará eso desde el otro mundo?

-Dígame qué espera de mí.

-Que abandone al Sur y se pase al Norte. Haga llegar a manos de sus jefes un simple mensaje, una información que habrá obtenido de algún oficial de Estado Mayor. Lo demás lo haremos nosotros.

-¿Y si me niego? -preguntó Ginevra.

La respuesta de MacNair fue golpear significativamente la carpeta que tenía ante él.

-Podría aceptar y luego hacer llegar a mis jefes otro mensaje revelando la verdad. ¿No ha contado con eso?

-Desde luego; pero si el plan fallara, su suerte estaría echada, y aun en el mismo Sur sería castigada por nuestros agentes, que recibirían la orden de terminar con Ginevra Saint Clair.

La joven inclinó la cabeza y durante unos minutos sumióse en profundas meditaciones. Por fin, preguntó:

-¿Qué opinaría usted de mí si yo aceptase?

-Opinaría que era usted una mujer inteligente.

-¿Y si dijese que no?

-Entonces opinaría que era usted una mujer valiente, pero muy torpe.

-Déme tiempo para reflexionar.

-Sólo puedo concederle una hora. Es muy poco lo que debe reflexionar, señorita.

-Sí, es muy poco y... Está bien, acepto. ¿Qué quiere que haga?

-Dentro de cinco días tiene usted que reunirse en Saint Vrain con un destacamento de las guerrillas de Quantrell. Deberá entregar un informe de su actividad durante los últimos veinte días. Dirá usted que el veinte de septiembre se desencadenará un ataque por Osmond.

-¿Para que se concentren las fuerza allí y poder atacar por otro sitio sin encontrar resistencia?

-Es posible que sea así. Cualquiera que sea la decisión tomada, lo que se persigue es, sencillamente, abreviar la guerra.

-¿A costa de las vidas de miles de hombres?

-De todas formas, han de morir. Ta vez de esa manera mueran menos...

-Bien... Déme por escrito los datos que quiere que repita.

Sin que su rostro expresara la menor emoción, el general tendió a Ginevra una hoja manuscrita.

-Aquí lo hallará todo. Y como el favor es grande, tan pronto como haya entregado el informe a los hombres de Quantrell, recibirá treinta mil dólares en buenos billetes federales.

-No es que quiera justificarme ante usted, general; pero si acepto es sólo por que sé que desde hace muchos meses la Confederación no puede triunfar.

-Como justificación, me basta ver que es usted joven, hermosa y que desea vivir. No es usted militar, ni siquiera hombre. No tiene ninguna obligación para ser heroica. Vamos, no quiero que se extrañen de su ausencia. Puede volver a su casa.

* * *

Ginevra Saint Clair descendió del carricoche en que había ido hasta las afueras de Saint Vrain y, atando el caballo tronco de un delgado arbolillo, avanzó por entre los árboles y matorrales hasta la orilla del río. La luna iluminaba intensamente la tierra y la joven no hizo nada para pasar inadvertida. AI contrario, situóse junto al agua, en un punto donde su claro traje tenía que destacarla de cuanto la rodeaba.

-Buenas noches, Ginevra -saludó, de pronto, una voz por detrás de la joven.

Ésta volvióse y vio ante ella a un hombre vestido con el grisáceo uniforme del Sur.

-Buenas noches, teniente North -replicó-. ¿Hace mucho que me aguardaba?

-Una hora. No es mucho cuando se espera a una mujer tan hermosa.

-Ahorre las galanterías, teniente John North. Entre nosotros, sobran.

-Lamento que sea ésa su opinión. Y lamento, también, que la falta de tiempo me impida demostrarle que las galanterías nunca sobran. ¿Tiene alguna información que transmitir, Ginevra?

-Sólo ésta -murmuró la joven, extrañándose de que el temblor de su voz y su vergüenza no fueran advertidos por el teniente North-. El veinte de septiembre se atacará por Osmond.

-¿Ataque general?

-Sí; pero se iniciará con fuerzas ligeras para tantear las fortificaciones. Si se hallara demasiada resistencia se suspendería el ataque antes de comprometer el grueso de las fuerzas. En cambio, si las primeras líneas ceden fácilmente, se proseguirá el combate, lanzando todas las reservas sobre la brecha. Aquí está, detallado, todo el proyecto -y Ginevra tendió al teniente un papel en el que se indicaba todo el plan.

* * *

El veinte de septiembre, en Osmond, quedaban copadas las mejores divisiones confederadas, cogidas en una sólida tenaza. En el momento en que iba a ver coronada su carrera con una victoria definitiva, el general MacNair recibió en el corazón un balazo que terminó con su gloriosa carrera.

Cuando Ginevra Saint Clair supo la noticia de la muerte de MacNair, respiró aliviada. Su secreto quedaba enterrado para siempre.

Pero esto sólo era un deseo ferviente de Ginevra Saint Clair, aunque el curso de los años, sin que nada ocurriese, le fue devolviendo la tranquilidad y el convencimiento de que su culpa quedaba enterrada para siempre en la tumba del general Alejandro MacNair.

# Retorna el pasado

Al terminar la guerra, Ginevra Saint Clair había podido comprar, por muy poco dinero, una vieja plantación de azúcar en Barataria Bayon, en el sureste de Louisiana. Poseyendo lo suficiente para vivir sin apuros, la joven dejaba deslizarse los días en una blanda holganza, pasando muchas horas sentada al pie del enorme roble que se levantaba frente a la casa, y de cuyas centenarias ramas pendían, como jirones de materializada niebla, grandes masas de «musgo español».

En la empobrecida región, Ginevra era considerada como una mujer riquísima, y los pocos que conocían algunas de sus actividades durante la guerra la consideraban, además, como una heroína nacional. Cuando para ayudar a sus vecinos, Ginevra adquirió unas cuantas barcas para la pesca de la gamba y estableció un par de factorías secadoras del preciado crustáceo, su popularidad aumentó aún más, ya que, gracias a su ayuda, pudieron remediar su situación muchos veteranos de la campaña.

Una tarde de junio de 1870, Ginevra fue interrumpida en la lectura de un interesante libro por el lejano galope de un caballo. Al levantar la cabeza vio cómo un jinete se detenía al otro lado de la vieja cerca que rodeaba el edificio de la plantación.

Era un hombre alto, enjuto, vestido con una levita y pantalones blancos, sombrero ancho, del mismo color, siendo las únicas notas oscuras la negra corbata y los zapatos, también negros.

Ni por el tipo ni el traje resultaba aquella figura extraña en Louisiana. Sin embargo, a Ginevra el corazón le latió con más violencia, como presintiendo en aquel visitante un peligro.

El hombre dejó el caballo al cuidado de un negro chiquillo que hasta entonces había estado ocupado en la deliciosa tarea de dar fin a una sandía que, por lo alargado de su forma, parecía un enorme pepino de roja carne. Como el forastero acompañó la entrega del caballo de la donación de medio dólar, el apático negrito cobró vida desde las puntas de los pies a las pupilas, y entregóse a una exhibición de zapateado que acompañó de grandes vítores y deseos de prolongada salud para el dadivoso visitante de Ginevra Saint Clair.

Ésta, de pie, trataba de localizar en sus recuerdos al recién llegado. A pesar de que aún no podía verle con exactitud, especialmente porque para defenderse de los rayos del sol llevaba el sombrero caído sobre los ojos, Ginevra estaba segura de que aquel hombre y ella se habían encontrado en otros lugares y en otros tiempos.

Sólo cuando el recién llegado estuvo a unos cinco metros de ella y se echó hacia la nuca el sombrero, la joven le reconoció.

-¡Teniente! -exclamó.

Miraba llena de incredulidad al que durante la guerra había sido teniente John North, de la guerrilla de Quantrell.

-Buenas tardes, señorita Saint Clair -replicó el forastero-. ¡Cuánto tiempo ha pasado desde que nos vimos por última vez! Apuesto a que usted me había olvidado por completo. En cambio, yo ni la he olvidado ni podré olvidarla jamás.

-Muchas gracias, si debo interpretar sus palabras como un cumplido -dijo fríamente Ginevra.

-No parece alegrarse mucho de mi visita -observó irónicamente North.

-Veo que viste usted con sobrada elegancia y que, por lo tanto, no cabe suponer que le traiga aquí la necesidad. Siempre estoy dispuesta a ayudar a los antiguos amigos, si les veo en un apuro.

-En un apuro estoy, señorita Saint Clair. Por eso he acudido a usted.

-¿Necesita dinero?

-No, puede usted conservar los treinta mil dólares que le regaló el nunca suficientemente llorado MacNair.

-Creo que confunde el nombre -observó Ginevra, sin alterarse.

North negó con la cabeza, y aunque no le había invitado, sentóse en un tronco frente

a Ginevra.

-No me equivoco, señorita. Fueron treinta mil dólares, y los recibió poco después de nuestra última entrevista que, si no recuerdo mal, precedió en unos quince o veinte días a la desgraciada batalla de Osmond.

-Tiene usted buena memoria -dijo Ginevra, y mirando hacia el Oeste agregó-: le aconsejo que si quiere llegar al pueblo antes de que se haga de noche, marche en seguida. Estas tierras son muy pantanosas, y quien no las conoce puede perder el camino y hundirse para siempre en alguno de los pantanos.

-Es una hermosa y elegante manera de despedirme, Ginevra; pero pierdes el tiempo. -La voz de North se había endurecido-. Yo no soy un caballero del Sur de aquellos de anteguerra, que se pasaban la vida atentos al menor capricho de las damas. He venido a verte porque te necesito, y no me marcharé sin lograr lo que he venido a buscar. ¿Entiendes?

-Olvida usted, teniente, que en mi casa hay los suficientes criados para que entre todos le echen como se merece. Adiós.

Ginevra se puso en pie; pero North le cerró el paso.

-¿Has olvidado tu traición, Ginevra? -preguntó, con duro acento-. ¿Crees que nos engañaste a todos? Pudiste engañar a aquellos torpes caballeros que se creían que la guerra era una oportunidad para lucir su valor y su exquisita aristocracia. Nosotros fuimos distintos. Tú, yo y otros muchos supimos ver en la guerra un medio de enriquecernos. No lo hicimos mal, ¿verdad?

-A juzgar por lo que ha sido de los principales miembros de la guerrilla, no lo habéis hecho mal del todo -replicó Ginevra-. Jesse James es un bandido famoso, y cierto John North es bastante nombrado. Creo que manda una banda de nombre muy tétrico.

-La «Calavera» -sonrió North-r. No soy el único en mandarla. Hay otros. Entre ellos el propio James; pero yo soy el jefe principal. Hacemos muy buenos negocios, aunque nunca hemos ganado treinta mil dólares con el poco riesgo que tú corriste para conseguirlos. Claro que sería mejor que hablásemos dentro de casa, ¿no? O tal vez tenga menos oídos este sitio que las paredes de tu casa.

-¿Qué quieres de mí, North?

-Empiezo a ver que estás dispuesta a entrar en razón. Lo que quiero es muy poca cosa. Pero antes de pedírtela quiero contarte una historia. Existe en el Sur una poderosa organización nacionalista o confederada, que se dedica a frenar los impulsos de los negros, que se han creído dueños y señores de los que antes fueron sus amos. Pero sus actividades no se limitan a eso. Son muy aficionados a hacer pagar las culpas a los traidores a quienes consideran culpables de la derrota del Sur. ¿Sabes a quién me refiero?

Sintiendo como si un puñal de hielo se le hundiera en el corazón, Ginevra respondió:

-¿El Ku Klux Klan?

-Sí; veo que no te es desconocido. Hasta es posible que colabores con ellos y les proporciones algún dinero. Sí, seguro que lo haces. En ese caso ya debes saber cómo se portan con los traidores. ¿Te imaginas lo que harían contigo si supieran que la información que remitiste acerca del ataque por Osmond era completamente falsa? Y peor que falsa, era suministrada por el propio general MacNair. Serían implacables contigo. Te quemarían viva o harían algo peor.

Ginevra había palidecido intensamente. Aquella amenaza la había sentido sobre su cabeza durante los últimos cinco años. ¿Qué sería de ella si los patriotas del Sur llegaban a conocer su traición? Y desde que los encapuchados del Ku Klux Klan entraron en acción, aquel peligro se le apareció cada vez más grande. Por eso colaboró con la banda, proporcionó dinero y cobijó a sus miembros más perseguidos e hizo lo humanamente posible por congraciarse con ellos. Se sabía apoyada por todo el Ku Klux Klan; pero sabía también que todo lo conseguido se reduciría a nada en cuanto sus amigos de ahora supieran su comportamiento de cinco años antes.

-¿Quieres dinero? -preguntó con voz débil.

North negó alegremente con la cabeza.

-Al contrario, te ofrezco otros treinta mil dólares, Ginevra. No necesitamos tu dinero.

En realidad, nos sobra dinero.

-Entonces, ¿qué necesitáis?

-Te asombrarás cuando te lo diga. Necesitamos a la señora de Perkins. ¿La recuerdas? Era una joven viuda que perdió a su marido a las puertas de Washington. Tú la representaste durante varios años.

-Pero se descubrió la verdad.

-La señora de Perkins no se molestó nunca en comunicar a toda la nación que ella estuvo durante toda la guerra prisionera en Richmond, en tanto que Ginevra Saint Clair ocupaba su puesto ante el mundo. En realidad, puedes recobrar su identidad en cuanto quieras.

-¿Es que la guerra se ha reanudado? -preguntó Ginevra.

-No; pero existe otra guerra en la que estamos metidos muchos de tus antiguos amigos. Tenemos un terrible enemigo a quien necesitamos vencer, so pena de ser vencidos por él.

-¿Qué enemigo es ése?

*-El Coyote.*

*-¿El Coyote?* -Ginevra reflexionó unos instantes-. ¿No es un bandido mejicano?

-Californiano, nada más. Y no es un bandido. Al contrario, se ha tomado desde hace años la terrible molestia de acabar con los bandidos.

-¿Y quién es en realidad ese *Coyote*?

-Esa pregunta contesta a la que antes hiciste. Para averiguar quién es en realidad es por lo que te necesitamos. Si supiésemos quién era *El Coyote,* acabaríamos con él; pero no lo sabemos. Nadie le conoce. Nadie, que esté vivo, ha visto su verdadera cara. Los que le conocieron murieron, sin poder revelar a nadie su descubrimiento.

-¿Qué os ha hecho?

-Entre otras cosas, desorganizó la banda de Los Ángeles. Allí es donde él actúa principalmente. No hace mucho nos hizo perder una fortuna de veintitantos millones que ya teníamos en las manos. Además, a causa de aquello murieron casi todos nuestros hombres en una batalla campal que se desarrolló en plena plaza Mayor. Queremos exterminarlo; porque si continúa como hasta ahora, seremos nosotros los exterminados. Los esfuerzos que hemos hecho para descubrirle han sido inútiles. Nos ha burlado siempre. Y de cada batalla hemos salido muy derrotados. Tú, una espía que ha sabido, durante cuatro años, descubrir tantos secretos, nos puedes ayudar mucho. Si logras decirnos quién es *El Coyote,* recibirás, además de los treinta mil dólares, un premio de otros veinte mil. ¿No te parece bastante?

-Pero siempre estaré en vuestras manos y podréis sacarme todo lo que queráis.

-No, Ginevra. Nosotros no somos románticos. Nos tiene sin cuidado la derrota del Sur. Ten en cuenta que si Lee hubiera triunfado, una de sus primeras labores habría sido la de acabar con todos los miembros de las guerrillas de Quantrell. Nos odiaban tanto los confederados como los federales, pues, en realidad, Quantrell y nosotros hicimos nuestra guerra, no la de los propietarios de esclavos, del Sur. Por lo tanto, si nos ayudas, agradeceremos tu ayuda y te dejaremos tranquila.

-Y si no os ayudo, me denunciaréis al Ku Klux Klan, ¿no?

-Así es. Ten en cuenta que todo te aconseja ayudarnos.

-¿Y si yo te invitara a cenar en mi casa y agregara al champán que te daré una buena dosis de veneno?

-Me matarías; pero Jesse James y los demás saben la verdad, y quizá entonces no fuese el Ku Klux Klan quien terminase contigo. Sería la propia banda de James y la de la «Calavera» la que terminarían contigo. Y tal vez en tus últimos momentos lamentaras que no fuera el Klan el realizador de la venganza.

Ginevra Saint Clair inclinó la cabeza. Al cabo de más de cinco años volvía a enfrentarse con una situación análoga a aquélla en que se encontró cuando el general nordista la puso ante el dilema de elegir entre la horca o la traición a su causa.

Pero ¿era idéntica la situación? Al fin y al cabo, cuando traicionó al Sur hizo traición a una causa que le era querida. ¿Era el mismo el caso del *Coyote*? *A* aquel hombre ella no le

conocía. Sabía que se trataba de un bandido o, por lo menos, de un hombre odiado por muchos, querido sólo de los mejicanos y californianos. Si llegaba a descubrir su identidad, ¿qué valía su vida ante la suya propia?

-Está bien, teniente North -dijo, al fin.

-¿Aceptas? -preguntó, con mal disimulada alegría, North.

-Acepto. No me queda otro remedio.

-Siempre confié en que el buen sentido se impondría, Ginevra. Eres tal como yo te había imaginado. ¡Ojalá quisieras unirte a nuestra banda!... No serías la única mujer en ella... Tenemos a Belle Shirley Starr[1], la hermana del capitán Edward Shirley, de nuestra guerrilla. ¿Le recuerdas?

-Sí. Y recuerdo también a esa Belle.

-Veo que no la admiras. Desde luego, no es precisamente una dama: pero sí resulta muy útil. Tú nos ayudarías mucho más.

-¿Por qué no os valéis de ella para descubrir al *Coyote*? -preguntó Ginevra.

-Porque *El Coyote* la debe de conocer. No hace mucho, Belle fue expulsada de Los Ángeles por las autoridades de allí. No nos puede servir para ese trabajo, que ella es la primera en desear ver realizado.

-Lo siento. ¿Cuándo debo empezar?

-Mañana. La señora de Perkins se dirige a Los Ángeles para recoger una importante herencia. No llegará allí, porque la diligencia que la conduce será asaltada, ella detenida, y así podrás, por segunda vez, adoptar su personalidad... Ha sido una suerte muy inesperada y oportuna la de esa reaparición en escena de la señora Perkins. Supongo que aún conservas toda tu documentación y todos los datos que te fueron entregados por el servicio de espionaje de la Confederación, ¿no?

-Sí, aún los conservo.

-Pues entonces nada te impide ponerte mañana por la mañana en camino hacia California. En Nueva Orleans puedes embarcar hacia Veracruz, y desde allí, pasando por Ciudad de Méjico, llegarás a Los Ángeles. Una vez allí, empieza a trabajar.

-¿Debo ir preguntando a la gente quién es *El Coyote*? -observó Ginevra.

-Ahorra las ironías. Yo te acompañaré hasta Veracruz. Durante el viaje te iré explicando las principales hazañas del *Coyote,* cómo y cuándo ocurrieron y los lugares en que se le ha visto con mayor frecuencia. Uno de los sitios que aparecen más relacionados con él es la posada del Rey Don Carlos, una especie de hotel de lujo de Los Ángeles, propiedad de un californiano llamado Ricardo Yesares. La asociación del *Coyote* con dicho lugar parece muy íntima. Pero dejemos de momento esta conversación que podremos reanudar durante la travesía del Golfo de Méjico, y hablaremos de nosotros. Ginevra, es la primera vez que nos vemos sin estar ligados por las relaciones militares. Ya no soy el hombre que era enviado por el Gobierno confederado a recoger los informes que la famosa espía Ginevra Saint Clair había reunido. Ahora puede decirte que siempre he estado loco por ti...

-Teniente North: mis sentimientos hacia usted sólo han variado en que si antes me era usted indiferente, ahora, en cambio, le odio. Espero que en el pueblo hallará mejor alojamiento. Y no se moleste en replicar que desea quedarse aquí, porque no pienso admitirle bajo mi techo, ni me importaría pegarle un tiro.

-Eso te hace más atractiva a mis ojos, Ginevra. Algún día cambiarás. Espero que en Los Ángeles nos veamos lo suficiente para que puedas darte cuenta de que mi amor vale tanto como el del mejor.

---

[1] Belle Shirley Starr es un personaje real y uno de los más famosos en la historia del salvaje Oeste. A los quince años ingresó en la guerrilla de William C. Quantrell, a cuyo favor actuó de espía durante la guerra. Nacida en Kentucky, se vio desde su nacimiento envuelta en los odios de familia, tan corrientes allí. Aprendió a manejar el revólver antes que la cuchara, y nunca dio importancia a la vida humana. Al terminar la guerra actuó a lus órdenes de Jesse James, el más famoso de los bandidos del Oeste, y llegó a ser, con él y Cole Younger, jefe de la banda, a la que proporcionó todas las informaciones para sus principales robos, así como las relativas a los agentes secretos lanzados en pos de la banda de James. Al fin murió asesinada por la espalda por uno de los hombres que se habían enamorado de ella, un tal Ed Watson. que la mató el 3 de febrero de 1829.

-Tal vez su amor valga tanto como dice; pero yo no opino igual, y si alguna vez llegara a enamorarme de un hombre, puede estar seguro de que ese hombre no se parecería en nada a usted ni a los de su pandilla. Adiós, teniente North. Mañana puede venir a recogerme.

John North se puso en pie, y durante unos segundos contempló, sonriente, a Ginevra Saint Clair; luego, se puso el blanco sombrero y, acentuando la sonrisa, se despidió:

-Hasta mañana, fierecilla. La ira hace hermosas a las mujeres bonitas. Siempre lo he oído decir y ahora lo compruebo.

Ginevra apretó los labios e irguió la cabeza. Sólo la fuerza con que apretaba el libro que tenía entre las manos denunciaba la tempestad que asolaba su alma.

Cuando John North hubo montado a caballo y se perdió por entre los árboles, la joven volvióse hacia su casa y la contempló bañada por los sanguíneos rayos del sol poniente. Era como una casa incendiada o bañada en sangre. De cualquier manera, era un agorero presagio, y Ginevra sintió como si una recia mano le estrujara, hasta secárselo, el corazón.

-Tal vez no regrese nunca más aquí -murmuró.

# Capítulo I

## Una mujer llega a Los Ángeles

Desde hacía tres horas esperaban en vano los que aguardaban la llegada de la diligencia. Ya no eran sólo los que esperaban algún mensaje o alguna mercancía quienes estaban reunidos frente a la oficina de las diligencias en la ciudad de Los Ángeles. Ahora formaban entre ellos muchos desocupados que, advertidos de la inusitada tardanza del coche correo, y suponiendo que algún grave percance debía de haber ocurrido, no se querían privar del morboso placer de ser los primeros en enterarse de la tragedia o, por lo menos, de cuál había sido la causa de tanto retraso.

Casi al anochecer se oyó, al fin, el inconfundible estruendo de la pesada diligencia avanzando por las mal empedradas calles, entre el tintinear de los cascabeles y campanillas de los caballos. Un momento después desembocó la diligencia en la plaza y se vio que el conductor no era el que se esperaba, sino un comisario de *sheriff,* en cuya plateada estrella se reflejaba el sol poniente.

Apenas se hubo detenido la diligencia, agolpóse en torno a ella la muchedumbre que aguardaba. Todos pugnaban por ver quién iba dentro del carruaje, y los primeros pudieron ver a una mujer de unos veintidós o veintitrés años, que pareció algo afectada por aquella masa de mal afeitados rostros que se asomaban por las ventanillas.

-Hagan sitio -pidió el comisario, desde lo alto del pescante, empuñando su rifle y disponiéndose a bajar.

En cuanto estuvo en tierra, explicó:

-Asaltaron la diligencia a diez leguas de aquí. Mataron al conductor y al guarda. Robaron las joyas de la señora y todo cuanto de valor se traía consignado a Los Ángeles. Ahora dejen bajar a la señora. La pobre ha sufrido ya bastantes sustos para que ahora los aumenten enseñándoles sus asquerosas caras.

Y utilizando la culata de su rifle como instrumento para abrir paso, el conductor de la diligencia trazó un pasillo a través de los curiosos, por el que pasó la viajera, dirigiendo temerosas miradas a su alrededor, especialmente a los indios, mejicanos y barbudos mineros, que constituían la masa principal del grupo.

Una vez dentro de la estación de la diligencia, la viajera no tardó en recibir la visita de Teodomiro Mateos, el jefe de Policía de la ciudad. Llegaba deseoso de averiguar lo

ocurrido y para tomar las medidas necesarias.

-Soy Isabel Perkins -explicó la viajera-. Vengo a hacerme cargo de una herencia...

-Bien, bien -interrumpió Mateos-. Permítame que tome nota. Dice que es usted Isabel Perkins, hermana de Edward Perkins...

-Un momento -interrumpió, a su vez, la viajera-. No soy hermana. Fui la esposa de Edward Perkins.

~¡Ah, sí! Ahora recuerdo que el muchacho no tenía ninguna hermana. Aunque es un poco tarde, le ruego que acepte mi más sentido pésame por la muerte de su esposo.

-¿Es usted el señor Mateos? -preguntó la viajera.

-El mismo, para servirla, señora.

-Mi esposo me habló muchas veces de usted.

-Supongo que no lo haría alabándome, ¿verdad? -rió Mateos.

-No, desde luego -sonrió suavemente la mujer-. Me explicó que usted le había dado más de una zurra.

-¡Y con razón, señora!, aunque no esté bien hablar mal de los muertos. Su esposa tenía el feo vicio de robarme las naranjas de mi huerto. Las primeras naranjas, y no sólo eso, sino que, además, me estropeaba todo lo que tenía plantado. Pero lo cierto es que nunca me enfadé tanto como él se imaginaba.

-Creo que sí lo imaginaba, pues en el poco tiempo que duró nuestra unión me dijo varias veces; «Teo (le llamaba a usted así), Teo era amargo por fuera y dulce por dentro, como sus naranjas.

-¡Cuánto tiempo hace que nadie me llama Teo! -suspiró el jefe de Policía, con los ojos brillantes de añoranza-. Crea que he echado mucho de menos a Ed Perkins. Tal vez usted no lo sepa; pero en Los Ángeles tenemos una calle dedicada a su esposo.

-Estoy segura de que la idea partió de usted -declaró la señora de Perkins, clavando en Teodomiro Mateos una profunda y agradecida mirada que hizo subir la sangre al rostro del buen jefe de Policía.

-Pues sí -replicó éste, carraspeando, para ocultar su turbación-. Sí, yo hablé de que era justo que Los Ángeles honrara como era debido a un héroe que durante varios años había tenido aquí su hogar... Claro que todos estuvieron de acuerdo conmigo y el nombre se acordó sin ningún voto en contra.

-Ed se lo agradecerá desde donde se encuentra ahora -aseguró con infinita dulzura la joven viuda, que se había ganado en pocos minutos la admiración más completa del jefe de Policía.

Éste se consideraba ya un obligado protector de la atribulada joven, a la que deseaba ayudar con todas sus fuerzas.

-Cuénteme lo que ocurrió en la diligencia -pidió Mateos.

-¡Fue horrible! -musitó la señora de Perkins-. ¡Espantoso! Jamás creí que pudieran ocurrir cosas semejantes.

-Comprenda, señora, que esto es aún un poco salvaje. Hay pocos habitantes para tanta tierra, y los pocos que han venido de fuera mejor hubieran hecho quedándose en el sitio donde nacieron. Hay mucho bandidaje. Pero aún no me ha contado lo que sucedió.

-Serían las once de la mañana cuando ocurrió todo -explicó Isabel Perkins-. Yo era la única viajera, pero la diligencia estaba llena de bultos, hasta el punto de que casi no podía moverme. El conductor nos había dicho que ya no había peligro de que nos asaltaran los bandidos, cuando, de pronto, se oyeron unos disparos, y el hombre que acompañaba al conductor, y que iba armado con un fusil muy grande, cayó muerto. El conductor detuvo los caballos y levantó las manos en alto. Un momento después vi salir de entre unos árboles a un hombre que vestía como los mejicanos y que llevaba el rostro cubierto por un antifaz negro... El conductor exclamó: «¡Es *El Coyote*! Entonces, el enmascarado dijo: «Eso no podrás repetirlo», y levantando un revólver, lo disparó, matando al conductor. Yo tuve un susto tan grande que perdí el conocimiento. Cuanto lo recobré me hallé en el mismo sitio, pero a mi alrededor todo había cambiado. Los bultos habían sido tirados al centro de la carretera y estaban deshechos. Mi equipaje también había sido abierto, y de su interior habían

desaparecido las joyas y el dinero que llevaba. Lo demás, estaba allí.

-¿Cuánto ha perdido en total? -preguntó Mateos.

-Unos cinco mil dólares -replicó la joven-. Por fortuna, guardé la mayor parte de las joyas y del dinero encima de mí, pues ya me habían advertido que era peligroso llevarlo todo en un sitio. También me advirtieron que era peligroso que los bandidos no encontrasen nada, pues entonces podían intentar registrarme y dar con lo mejor. Por eso puse una parte en el equipaje, y así, *El Coyote* creyó que me lo había robado todo. En realidad, dejó olvidados veintidós mil dólares en billetes y casi otro tanto en joyas.

-Fue usted muy inteligente, señora de Perkins -declaró Mateos-. Sin embargo, hay un punto en el que sospecho que comete usted un error.

-¿Cuál?

-En lo del *Coyote.* Hace tiempo que no se sabía de él que estuviese relacionado con ningún asalto a diligencias. Eso lo hizo en sus primeros tiempos.

-Yo no aseguro que fuese *El Coyote,* señor Mateos-dijo Isabel Perkins-. Sólo puedo decirle que, antes de morir, el conductor de la diligencia lanzó una exclamación y dijo que el enmascarado que tenía delante era *El Coyote.* Si alguien se equivocó, fue él.

-¿Quién conducía la diligencia? -preguntó Mateos, dirigiéndose al comisario que había traído el carruaje hasta Los Ángeles...

-José González... -contestó el hombre-. Creo que tenía motivos para conocer al *Coyote.* Hace años le marcó la oreja de una balazo.

-Pero desde entonces, González había cambiado de vida y era casi un hombre decente.

-Eso sí; pero tal vez *El Coyote* no lo sabía y le mató...

-Es posible. Bien, señora Perkins, tenga la bondad de seguirnos explicando lo que sucedió entonces.

-Cuando recobré el conocimiento y me encontré entre dos muertos y con la diligencia vacía, pensé que lo mejor que podía hacer era marcharme de allí, y como en mi juventud aprendí a guiar caballos, subí al pescante y conduje la diligencia hasta Preston, que, según supe, es un pueblecito minero que va de baja. Allí expliqué al señor -y la joven señaló al comisario- lo ocurrido. Él fue a caballo con otros a recoger los muertos y lo que quedaba del cargamento, y todo junto lo dejaron en Preston... Luego, como yo expliqué que me urgía llegar a Los Ángeles, el señor se tomó la molestia de conducir el coche hasta aquí. Es todo cuanto puedo explicar.

-Por lo que a mí se refiere, señor Mateos, la señora ha dicho la verdad -declaró el comisario de Preston-. En cuanto la señora me contó lo ocurrido, junté una partida de voluntarios y fuimos al sitio donde ocurrió el asalto. Encontramos los muertos y el cargamento tirado por la carretera. Cargamos los bultos y las mercancías en una carreta y lo dejamos todo en Preston. Allí podrán ir a recogerlo sus dueños. Yo me brindé a acompañar a la señora hasta Los Ángeles. Y si no me necesitan, volveré a Preston antes de que se haga de noche del todo.

-¿No descubrió ninguna huella que indicara cuántos eran los asaltantes? -preguntó Mateos.

-Ninguna. El que cometió el robo debía de ir solo, pues no se descubrieron señales de que fueran muchos los asaltantes. Por lo tanto, debe creerse que la señora dice la verdad.

-¿Por qué habría de mentir? -preguntó, ceñudamente, Mateos.

-No he dicho que tuviera necesidad de mentir -replicó el comisario-. Me he limitado a asegurar que no nos engañó. Y si no me necesitan, denme un caballo y ya se lo devolveré.

Mateos ordenó que le fuera prestado un caballo al comisario de Preston, y dirigiéndose a la viajera, preguntó:

-¿Tiene alojamiento elegido en la ciudad?

-Me hablaron de la Posada de no sé qué rey español.

-¿Del Rey Don Carlos? -preguntó Mateos.

-Sí, creo que ése es el nombre -replicó la señora Perkins-. ¿Qué tal posada es?

-La mejor de toda la ciudad. Casi tan buena como las del Este. ¿Ha vivido alguna vez

aquí?

-No. Conocí a mi esposo en Washington y nos casamos en seguida. Fuimos a pasar la luna de miel en Saratoga y allí nos sorprendió la guerra. Mi pobre marido acudió en seguida a incorporarse a su puesto. Yo le pedí que no se diera tanta prisa; si me hubiese hecho caso, aún estaría vivo.

-Seguramente. ¿Me permite que la acompañe a la posada? Si no conoce a nadie en Los Ángeles, podré presentarla a las personas principales. Una mujer joven y hermosa como usted debe ir con mucho cuidado. Los Ángeles no es una ciudad tranquila como cualquier otra del Este. Por desgracia, como ya le dije, abundan mucho los elementos peligrosos.

-Le agradezco mucho su ayuda, señor Mateos. ¿Querrá tener la bondad de hacer que alguien lleve mi equipaje a la posada?

Mateos dio las órdenes oportunas par que todo el equipaje de la viajera fuese llevado a la posada a la que Isabel Perkins y él llegaron pocos minutos más tarde.

-Hola, don Ricardo -saludó el jefe de Policía al dueño del establecimiento- Ésta es la señora Perkins, que ha venido a Los Ángeles y a quien ese endiablad *Coyote* ha hecho víctima de un robo muy audaz.

*-¿El Coyote?* -preguntó Yesares, por cuyos ojos pasó un fugaz relámpago de incredulidad y asombro.

La viajera, que no perdía de vista al propietario de la posada, advirtió la expresión de Yesares y tomó buena nota de ella.

-Le extraña, ¿verdad? -preguntó jefe de Policía-. También a mí. Casi estoy por creer que alguno se ha vestido de *Coyote* para hacer ese trabajo y cargárselo a él. Es tan sencillo el disfraz... Buen don Ricardo, proporcione a la señora una buena habitación. No, no me mire así, ella pagara su gasto, pues *El Coyote* tuvo la cortesía de no registrarla y, por lo tanto, no encontró lo principal, que ella llevaba muy bien escondido.

-No interprete mal mi comportamiento -pidió Yesares a Isabel Perkins-. Soy propietario de un establecimiento y no debo anteponer al negocio la cortesía. Sería ruinoso.

-Lo creo, señor Yesares -declaró la viajera-. Como ha dicho el señor Mateos, puedo pagar mi alojamiento y la comida: Espero que esta noche harán sus cocineros honor a la fama de que disfrutan y nos servirán una apetitosa cena.

-¿Tiene usted invitados, señora? -preguntó Yesares.

-Mal puedo tenerlos si es la primera vez que visito Los Ángeles -replicó Isabel-. El único invitado que puedo tener es el señor Mateos, que espero no se negará a hacerme el inmenso favor de acompañarme esta noche durante la cena.

-Es un honor, señora -aseguró el jefe de Policía-. Pero tendrá que ser al revés. Yo la invitaré a cenar. Soy californiano y no es costumbre entre nosotros que las damas nos inviten.

-Si mi invitación puede humillarle, haremos lo que usted ha propuesto, y aunque yo le invite, usted será quien pague la cena.

-Así está mejor.

-Ahora, si me lo permite, subiré a la habitación que me hayan asignado y me cambiaré de ropa -dijo la viajera.

-Entretanto yo iré a dar unas cuantas órdenes, señora. Volveré dentro de una hora. Le ruego que no baje antes, pues jamás me perdonaría el haberla hecho esperar.

-Bajaré dentro de una hora y diez minutos. Señor Yesares, cuanto usted quiera...

Mientras Mateos regresaba a su oficina, Isabel Perkins subió a su cuarto, acompañada por Yesares y seguida por un par de muchachos cargados con su equipaje.

-¿Necesita algo más? -preguntó el dueño de la posada, antes de retirarse.

-Mucha agua caliente -sonrió Isabel-. Quiero bañarme bien.

Yesares bajó a ordenar a las criadas que subieran varias ollas de agua hirviendo para el baño de la viajera, y en seguida retiróse a su despacho y escribió una breve nota que entregó a uno de sus criados, encargando:

-Llévala al Rancho de San Antonio y entrégala en propia mano al señor Echagüe. Es posible que le encuentres por el camino. En ese caso, dásela a él. No vayas a ir hasta el rancho.

-No tema, señor, cumpliré bien el encargo -prometió el cobrizo criado, montando en un caballo que tenía atado en el poste de frente a la posada y partiendo al galope.

# Capítulo II

## El simpático don César

Don César de Echagüe estaba, en efecto, a mitad de camino entre su rancho y Los Ángeles.

-¿Adonde vas? -preguntó, deteniendo al mensajero de Yesares.

Cuando supo que tenía una carta para él, la tomó y leyó, aprovechando los últimos destellos del sol poniente:

*Don César: Tengo la esperanza de que esta noche vendrá usted a probar los excelentes calamares que preparamos a un nuevo estilo. Le he hecho apartar una ración especial que espero será de su agrado. Le saluda su afectísimo,*

RICARDO YESARES

-¿Calamares? -contestó en voz alta don César-. Hace tiempo que no sé lo que son unos buenos calamares. Sí, no me los perderé. Allí voy volando.

El criado de Yesares, que no era precisamente una centella, sonrió al oír la expresión de don César, que tenía fama de ser el hombre más lento del mundo.

-¿De qué te ríes, imbécil? -preguntó César, tratando de disimular la sonrisa.

-De nada, señor, no reía -afirmó el criado, temiendo que el poderoso estanciero descubriera a Yesares su descortés comportamiento.

-Mentira -replicó César-. Te estabas riendo. Y sé por qué. Te reías por lo que dije de ir volando. No, desde luego, no pienso ir volando, ni mucho menos, a visitar a don Ricardo. Ni los mejores calamares del mundo son capaces de poner alas a mis pies ni a los de mi caballo. ¿Tú crees que la prisa es importante y necesaria?

-No, desde luego, no -aseguró, muy convencido, el criado-. No es necesaria.

-Claro que no -declaró don César.

Y media hora después, en el vestíbulo de la posada, explicaba a Yesares y a Mateos, a quienes halló conversando:

-Como le decía a ese criado suyo, don Ricardo, la prisa es innecesaria. Hay tiempo para todo. Para llegar a Los Ángeles y para no llegar, para vivir y para morirse. Para lo que no hay siempre tiempo es para comer unos buenos calamares. ¿Cómo han sido preparados esos?

-Es una receta de una india mejicana del golfo de California. Está de paso en Los Ángeles, camino de San Francisco, donde su hombre ha montado un figón a estilo mejicano, y parece que prospera. He conseguido que se quede una semana y condimente algunos platos especiales. Ganará unos pesos y comerá gratis.

-Es usted un gran comerciante, don Ricardo -aseguró César-. Veremos qué tal guisa esa india; no vaya a resultar como aquel chino que nos estuvo sirviendo el mejor caldo que hemos probado en nuestra vida y que luego resultó que no era ni de gallina, ni de pato, ni de cerdo, ni de ternera, sino de rata.

Los tres hombres se echaron a reír y, en aquel momento, la señora Perkins apareció en el vestíbulo, de regreso de su habitación. Vestía un traje blanco y se cubría los desnudos hombros con una fina mantilla negra, a través de la cual se adivinaba la marfileña pureza de la epidermis. Habíase peinado con excelente gusto, y sus negros cabellos contrastaban

exóticamente con las azuladas pupilas de la joven.

-Buenas noches, señores -saludó la joven-. Veo que reina un excelente humor. Aunque ya sé que no es prudente preguntar a tres caballeros de qué ríen, pues muchas veces ríen de cosas que una dama no puede oír sin verse obligada, quizá contra su voluntad, a ruborizarse, ¿pueden decirme a qué se debe ese buen humor?

-Se trata de un recuerdo muy divertido -dijo Mateos-; Pero antes quiero presentarle a don César de Echagüe, uno de nuestros principales hacendados, propietario de dos ranchos y poseedor de una profunda y sabia filosofía relativa a la no necesidad de ir de prisa. Don César, le presento a la señora Isabel Perkins, a quien nuestro enemigo *El Coyote* ha hecho víctima de un asalto a mano armada y a quien ha despojado de unas cuantas valiosas joyas y dinero.

Por los ojos de don César pasó una expresión de profundo aburrimiento.

-No comprendo por qué tolera usted tanto tiempo la existencia del *Coyote,* Mateos -dijo el hacendado-. Más que un peligro es ya una molestia. Por todas partes se le oye nombrar, admirar, insultar, defender. En cuanto se reúnen en casa cinco amigos, ya los tiene usted discutiendo si *El Coyote* es un bandido o si es un héroe, un diablo o un mártir, un bicho útil o un animal dañino.

-¿Y qué opina usted, don César? -preguntó Isabel, mirando, divertida, a aquel extraño hombre.

-Esa misma pregunta me la han estado repitiendo miles de veces en los últimos años. Mi opinión particular es la de que *El Coyote* es un ser molesto, una especie de mosquito zumbador, que no deja reposar.

Isabel soltó una carcajada.

-¡Es la primera vez que oigo comparar a un bandido terrible con un mosquito! *El Coyote* mató ante mis ojos a dos hombres. Los mosquitos zumbadores no suelen hacer esas cosas tan desagradables.

César de Echagüe se encogió cansadamente de hombros, sin que ni un músculo de su rostro acusara la sorpresa que le producía la afirmación de la joven.

-A pesar de todo, es un hombre molesto. Seguramente le dio un susto terrible.

-Me desmayé -explicó Isabel.

-¡Jamás lo hubiera creído! -aseguró, inesperadamente, César de Echagüe.

-¿Por qué dice esto? -preguntó, súbitamente seria, Isabel.

-Porque sus ojos no son los de una mujer que se desmaya. Las mujeres de ojos negros se desmayan más que las de ojos azules.

-Eso no lo puede afirmar quien ha vivido siempre entre mujeres de ojos negros -sonrió Isabel-. Las californianas no suelen tener las pupilas azules.

-Es cierto -admitió César-. Me olvidaba que sólo he visto siete u ocho mujeres de ojos azules. Pero ninguna de ellas se desmayó jamás. Quizá por eso he dicho una tontería. Lo cual viene a confirmar lo acertado de mi teoría contra la precipitación. No hay que darse nunca prisa. Si yo no me hubiese precipitado al afirmar que las mujeres
de ojos negros se desmayan más que las de ojos azules, me habría evitado el decir una tontería.

-Es usted muy severo con sus errores, don César -dijo Isabel.

-No me gusta cometerlos. El error es el fruto de la precipitación. Los árabes, que son maestros en el arte de no ir deprisa, reflexionan mucho antes de hacer o de no hacer una cosa, y en la duda, no la hacen; por eso tienen fama de sabios.

-¿Cree usted que la lentitud es la madre de la sabiduría?

César de Echagüe miró unos instantes a Isabel Perkins y, por fin, sonriendo declaró:

-Esa pregunta debe ser contestada después de una madura reflexión. Y como no es correcto tenerla aquí aguardando, ¿quiere concederme el honor de acompañarme en la degustación de unos calamares preparados al estilo del golfo de California? Sin duda serán algo infernal, con mucho chile y tabasco; pero no nos precipitemos en juzgarlos por las referencias. Comprobemos sus defectos y virtudes y luego podremos emitir nuestro juicio con mayor seguridad de no equivocarnos, si es que alguna vez el hombre puede estar seguro

de no equivocarse.

-Don César, le advierto que se ha precipitado usted al invitarme -rió Isabel, que no podía apartar la mirada del californiano-. Antes que usted me invitó el señor Mateos.

-Entonces él fue quien se precipitó y, como castigo, en vez de invitar, será invitado.

-¡Protesto enérgicamente, don César! -exclamó el jefe de policía-. Yo invité y...

-Se precipita, don Teodomiro -interrumpió César. Y volviéndose hacia el dueño de la posada le preguntó-: ¿A quién haría caso usted, don Ricardo, si nuestro incomparable jefe de policía y ya disputáramos el honor de invitar a la dama más hermosa que ha pisado estas tierras?

-Aunque lamentaría en el alma ponerme a mal con la primera autoridad de Los Ángeles, tendría que obedecer a don César. A él le debo haber podido levantar esta casa.

-Como ven, no tienen más remedio que aceptar mi invitación -dijo César-. Soy una especie de amo y señor de esta casa. Por lo tanto, hago uso de mis prerrogativas y les invito a cenar.

-Había oído hablar mucho de la cortesía de los californianos, pero nunca imaginé que la llevaran a estos extremos. Mi pobre esposo siempre me decía que en muy difícil rechazar una invitación en California.

-¿Es usted viuda? -preguntó César.

-Desde los primeros combates de la guerra -replicó Isabel-. En realidad, casi he olvidado a mi esposo.

-Dudo mucho de sus palabras, señora -dijo César-. Una mujer tan hermosa como usted no habrá dejado de recibir proposiciones de matrimonio. Si ha sido sorda a ellas es que el recuerdo del marido que murió no es tan vago como pretende.

-Me parece que eso ya no es cortesía -sonrió Isabel-. Por lo menos, ya no es sólo cortesía, sino una mezcla un poco extraña. Me ha llamado hermosa y mentirosa. ¿Cómo asocia ambas cosas?

-Perfectamente. La mentira, en labios de una mujer hermosa, es un atractivo más. Casi una perfección. Una mujer hermosa que dijese siempre la verdad resultaría muy desagradable.

-¿Por qué? -preguntó Isabel.

-Porque la verdad es desagradable. Una de las cosas más desagradables de nuestro mundo. Se tolera la mentira, incluso cuando se emplea como insulto. A un tonto nada le molestará tanto como el que le llamen tonto. Incluso preferirá que le llamen criminal o ladrón. Todo menos la verdad.

-Conoce usted mucho a las mujeres, don César. Empiezo a comprender por qué es español don Juan.

-Ésa es una hermosa mentira que halaga y, además, hace sentir vanidad. Yo, pobre de mí, he sido siempre un hombre sin complicaciones sentimentales. Nadie podrá decir que he complicado mi vida con amores pecaminosos; sin embargo, me halaga terriblemente el que usted me crea capaz de ser una representación moderna del don Juan clásico.

Isabel sonrió.

-Pocos hombres serían capaces de decir lo que usted acaba de afirmar -declaró-. A todo hombre le gusta que las mujeres le crean un terrible mujeriego.

-Con su permiso, don César, debo advertirle que está cometiendo una grave falta de cortesía -dijo Yesares-. Hacer estar en pie a esta señorita...

-Tiene razón, don Ricardo -le contestó César. Y volviéndose hacia Isabel, agregó-: Ahora le demostraré, señorita, cómo la verdad es desagradable. El amigo Yesares, propietario de esta posada y deudor mío de unos pocos miles de pesos que me va pagando religiosamente, acaba de hacer una demostración de cortesía. Usted ha podido imaginar que al decir lo que ha dicho sólo pensaba en evitarle una molestia. Pues no es así. Don Ricardo ha pensado que en vez de estarnos de pie en el vestíbulo de su casa, podríamos sentarnos a una de sus mesas, y en ella ir bebiendo y tomando unos entremeses; en resumen, haciendo gasto. ¿No es así, don Ricardo? ¿Lo ve, señorita? Hace un momento era todo sonrisas. Ahora, en cambio, es todo enfado. Le ha molestado la verdad; pero como también es cierto que de pie

no hacemos más que cansarnos, pasemos al comedor y empecemos a probar las excelencias de la cocina de esta casa. Y eso me recuerda el motivo de nuestras risas de antes. Aún no se lo hemos dicho.

-Yo no se lo contaría antes de cenar -dijo Mateos, cuando se sentaron los tres a la mesa.

-Los efectos serían mucho peores después de la cena -dijo César de Echagüe.

-Por favor, explíqueme ese misterio -pidió Isabel.

-Fue un caso sumamente divertido -declaró César-. Hace poco, don Ricardo tenía un cocinero chino que preparaba el caldo más formidable que uno se pueda imaginar. ¿Cómo lo hacía? Era un misterio impenetrable. Gastaba lo mismo que los demás cocineros, empleaba la misma cantidad de carne de ternera, las mismas calidades, todo era igual. Todo menos algo que hacía distinto el caldo. Un día, por fin, don Ricardo lo descubrió. La diferencia de aquel caldo consistía en la carne de rata que el maldito chino le agregaba. Era carne de rata criada en granero, o sea gorda, llena de grasa y de carne, endiabladamente sustanciosa; pero, al fin y al cabo, rata vulgar.

-¿Qué ocurrió? -preguntó Isabel, riendo a carcajadas.

-Dos de los clientes de Yesares, los más aficionados al caldo, salieron, al enterarse, en persecución del chino, armados con dos revólveres cada uno. Todavía no han vuelto, y mientras unos afirman que deben de haber terminado con el chino, otros aseguran que el tal chino ha puesto una tienda en San Diego, donde vende unos pastelillos de carne sospechosamente exquisitos.

-¿Cree que habrá matado a sus perseguidores y los habrá hecho pastelillos? -preguntó Isabel.

-Esto, o bien se habrán asociado los tres, y mientras el chino vende platos de caldo, los otros andarán utilizando los revólveres para cazar ratas.

-¿Y sobre lo de ir despacio o ir de prisa? -preguntó Isabel-. Aún no me ha contestado si cree que la lentitud es la madre de la sabiduría.

-Lo es. Aunque en ciertas ocasiones es más prudente enviar al diablo la prudencia que dejarse anular por ella. ¿Qué le parecen estos entremeses?

-Deliciosos... -aseguró Isabel Perkins-. Los californianos son muy originales. Por lo menos algunos de ellos; de otro no guardo muy buen recuerdo.

-¿De cuál? -preguntó don César de Echagüe.

-De ese a quien llaman *El Coyote.* ¿Es posible que no se sospeche su verdadera identidad?

-Sospechas tenemos muchas... -sonrió Mateos-; pero en el caso del *Coyote* hace falta algo más concreto que unas simples sospechas.

-¿De quién sospechan? -preguntó la joven.

-De mucha gente -replicó, evasivamente, el jefe de policía.

-Con lo cual quiere decir que no sospecha de nadie -bostezó Echagüe-. Pero la policía tiene siempre la posibilidad de adoptar la expresión de lechuza erudita y afirmar que tienen sospechas muy bien fundadas, o que anda sobre la pista segura y que la más elemental prudencia exige silencio absoluto. ¿No es así, mi buen Teodomiro?

-Es usted terrible, don César. Hay momentos en que de buena gana le retorcería el cuello; pero, en cambio, al momento se siente uno desarmado por su carácter. No se toma nada en serio y se burla de todo y de todos, empezando por usted mismo.

Volviéndose hacia Isabel, el jefe de Policía continuó:

-¿Cómo se puede uno enfadar de un hombre cuyas burlas más duras son las que hace de él? Sólo le he visto serio cuando, no hace mucho, *El Coyote* se nos presentó ante todos para brindar por unos recién casados. Entonces, don César no estaba para bromas, ¿verdad?

-Desde luego; pero es que en aquellos momentos yo llevaba encima casi medio millón de pesos en joyas y dinero. Las botonaduras de mis calzoneras eran de perlas y estaban valoradas en una fortuna.

-¿Vieron juntos al *Coyote*? -preguntó Isabel.

-Lo vio la mitad de Los Ángeles -replicó el jefe de policía-. Precisamente en uno de los

comedores de esta casa.

-¿Y no lo detuvieron? -inquirió Isabel-. Siendo tantos...

-Pero a una boda no se va armado de revólver -contestó el señor Mateos-. Alguno llevaba espadín; pero la mayoría no teníamos otra arma que el cuchillo de postres.

-Y aunque la hubiéramos tenido no la hubiésemos utilizado -rió don César-. Estando *El Coyote* delante con la mano cerca de la culata del revólver, no hay en todo California quien sea capaz de protestar y, mucho menos, de empuñar un arma -sonrió César-. Claro que usted ya sabe algo de eso, ¿no? ¿Es cierto que se ha visto frente al *Coyote*?

-Claro que sí -dijo con indignada expresión Isabel-. ¿Cree que lo inventé para alabarme?

-Nunca he creído semejante cosa -replicó César de Echagüe-; pero es que en los últimos tiempos, nuestro querido amigo *El Coyote* parecía haberse regenerado un poco.

-Tal vez el asesinar a sangre fría sea una regeneración -dijo, irónicamente, Isabel.

-Precisamente *El Coyote* no solía matar a nadie a sangre fría -observó Teodo-miro Mateos.

-Entonces quizá no fuese el verdadero *Coyote...* -admitió Isabel-. Me gustaría verme frente a frente del *Coyote* legítimo. Así podría observar si se parece o no al hombre que me robó. ¿No podría ponerme usted en relación con él, señor Mateos?

Riendo, el jefe de policía replicóle:

-No podré llevarle ante *El Coyote;* pero si usted quiere haré correr la voz de que usted desea verle para saber si fue él o no quien la robó, *El Coyote* es muy cortés y seguramente se apresurará a complacerla.

-Dudo mucho de esa famosa cortesía.

-Hace usted mal en dudar de ella, señora -intervino César de Echagüe-. Nadie mejor que usted puede certificar la cortesía del *Coyote.* Otro bandido seguramente la hubiese registrado a fondo para convencerse de si llevaba o no más dinero encima. He oído decir que las mujeres tienen la costumbre de esconderse las joyas y el dinero dentro del traje, lo más cerca posible de la carne, a fin de que si las asalta algún bandido no pueda robarles todo lo que llevan. Si yo, que soy un simple hacendado que jamás ha sentido tentaciones de robar a nadie, conozco ese detalle, mejor lo conocerá quien ha hecho oficio de asaltar diligencias. Por lo tanto, o bien el autor del asalto fue un novato que se conformó con lo que pudo encontrar a mano, confiando en que su disfraz de *Coyote* bastaría para asustar a sus víctimas, o, realmente, fue *El Coyote* quien, aun sospechando que su hermosa víctima guardaba dinero y joyas entre sus ropas, no quiso ofenderla y prefirió perder lo mejor del botín; pero en ese caso tenemos el asesinato a sangre fría, hecho incomprensible en *El Coyote.*

-Tal vez no quiso que se descubriera su identidad -sugirió Mateos.

-En ese caso no hubiera dejado viva a la señora -replicó Echagüe-. Si lo que deseaba era ocultar su intervención en el asalto, habría matado también a la señora Perkins.

-Creo que yo puedo darles la solución a ese misterio -sonrió Isabel-. Era *El Coyote,* en efecto, con todos sus defectos y virtudes. Mató, realmente, a dos hombres. Al primero lo mató para defenderse, y al segundo para evitar que pudiera repetir que había sido *El Coyote* el autor del asalto. Pero al hacer aquello ese bandido ignoraba que en la diligencia viajaba una dama, y al verme desmayada confió en que yo no podría descubrirle y, por lo tanto, no era imprescindible matarme.

-Tiene usted una gran inteligencia y un juicio muy certero -declaró Mateos-. Usted nos haría falta en la policía.

-Tal vez acuda a usted algún día, señor Mateos -dijo la joven-. Es posible que necesite su ayuda.

-¿Y la mía? -preguntó César-. Me complacería mucho poderla ayudar en lo posible, señora.

-¿Solo en lo posible?-sonrió, coquetamente, Isabel.

-Ofrecerla lo imposible me ha parecido excesivo, señora. Nuestra cortesía nos obliga a veces ofrecer flores en lugar de regalar brillantes o perlas.

-Don César, he oído hablar mucho de la cortesía de los hispanoamericanos. Me

gustaría ponerla a prueba...

-Nada me placerá tanto como esa prueba -aseguró César de Echagüe, clavando una profunda mirada en los turbadores ojos de Isabel Perkins-. ¿Que quiere?

-Ya que ha hablado de flores, me gustaría mucho un ramillete de crisantemos amarillos. Creo que sólo crecen en el Japón.

-¿El Japón? -murmuró César, pensativo-. Está un poco lejos. Creo que mi mensajero tardará por lo menos una semana en ir al Japón y volver. ¿Le parece suficiente ese tiempo?

-Bien, puedo esperar una semana -rió Isabel-. Pero si tarda más no admitiré excusas y creeré que los californianos no están a la altura de su fama.

Había terminado la cena, y Mateos, Echagüe e Isabel se pusieron en pie para retirarse. En aquel momento Yesares acudió, preguntando: I

-¿Han quedado contentos de la cena?

Isabel miró con intensa fijeza al posadero, y las aletas de su nariz se dilataron levemente.

-Muy contentos -replicó César- ¿No es cierto, señora Perkins?

-La cena ha sido maravillosa -aseguró la joven; pero en su voz había una nota quebrada.

-Como de costumbre -comentó Mateos-. Las cenas de la posada del Rey Don Carlos son siempre magníficas.

-Con su permiso, subiré a acostarme -dijo Isabel-. Estoy rendida por el viaje y las emociones.

Reunidos al pie de la escalera, Mateos, Echagüe y Yesares la vieron subir lentamente. Cuando desapareció, Mateos comentó:

-Una mujer deliciosa.

-Mucho -coreó don César

-Extraordinaria -agregó Yesares.

-Les dejo, amigos míos, pues he de terminar un trabajo -anunció Mateos.

Yesares y Echagüe le vieron alejarse por la plaza. Después, don César volvióse hacia su amigo y comentó, con distraída expresión y acento indiferente:

-Estamos frente a una mujer excepcional, Ricardo. Nos va a dar mucho trabajo.

-Creo que exagera -sonrió Yesares-. En su equipaje no había nada sospechoso. Parece el de una mujer coqueta, casi me atrevería a decir que el de una profesional del amor.

-Ricardo, has de aguzar tu ingenio -dijo, seriamente, don César-. Llevas poco tiempo en el peligro y no te das cuenta de cuándo te encuentras en él. Te prevengo que desde este momento tu vida no vale ni dos centavos.

-¿Por qué? -preguntó, extrañado el dueño de la posada.

-Antes de presentarte en el comedor, después de registrar el equipaje de la señora Perkins, debiste tomar un baño caliente, cambiar de ropa y perfumarte con algo muy fuerte.

-¿Para qué?

-Para borrar el olor a incienso japonés. Estás impregnado. Como si durante media hora te hubieras movido en una habitación de mujer coqueta que ama el perfume y que, cual si esperase regresar acompañada a su cuarto, hubiese dejado encendidos en unos pebeteros unos carboncillos de incienso que llenaran la estancia de un aroma propicio al amor. Por eso has creído que Isabel Perkins era una profesional, ¿no?

Yesares miró asombrado a su jefe.

-¿Cómo sabe...?

-Sé que había incienso porque hueles a él. Y no sólo yo me he dado cuenta de que tus ropas están impregnadas de ese perfume. También la señora Perkins lo ha advertido. Lo noté en su mirada. Fue asombro y alegría a la vez.

-¿Cree que lo del incienso fue una trampa?

-Claro. Esa mujer ha venido con un fin determinado. Quiere saber quién es *El Coyote.* Para ello ha cargado sobre él las culpas del asalto a la diligencia, que tal vez fue llevado a cabo por otro bandido, pues no creo que sea ella la autora de los asesinatos. Al llegar a Los Ángeles ha repetido la historia del delito del *Coyote.* Lo ha hecho con la esperanza de atraer

la atención del *Coyote* sobre ella y obligarle a entrar en acción y a que tratase de averiguar qué clase de mujer era la que le acusaba de haber asaltado una diligencia. Lo ha conseguido todo. Ya sabe quién ha registrado su equipaje. Hasta ahora casi nadie nos había cazado tan pronto.

Yesares estaba abrumado.

-¡He sido un estúpido! -exclamó.

-No -sonrió César-. Te falta experiencia. Pero aún no se ha perdido todo. Esa mujer puede creer que tú eres *El Coyote;* pero también puede creer que no eres más que un posadero celoso del buen nombre de su establecimiento. Procura estar prevenido y evitar otro nuevo lazo.

-¿No podría simultanear una aparición del *Coyote* estando yo presente?

-No, Ricardo. Eso serviría con otra persona; pero Isabel Perkins es muy astuta. Se dará cuenta en seguida del juego y sólo se conseguiría hacerle suponer que existen dos *Coyotes,* en cuyo caso quizá sus sospechas se dirigieran hacia el verdadero *Coyote.* ¿Por dónde entraste?

-Por el pasadizo secreto. Pero ella no puede saberlo.

-Esperemos que no lo sepa -murmuró César de Echagüe, preparándose para salir de la posada en dirección a su casa.

# Capítulo III

## La astucia de una mujer

En aquel mismo instante, Isabel Perkins, en su cuarto, contemplaba, sonriendo, un punto del suelo, junto a la pared. Este punto se distinguía de los demás por una mancha cremosa y polvorienta. Casi junto a la pared se veía otra mancha similar, pero mucho más reducida.

-Señor *Coyote,* no le creí tan torpe -sonrió Isabel-. Cuando vine a luchar con usted pensé que tendría enfrente a un enemigo más sagaz. ¡Pero el que cayera en las tres trampas que le tendí no me habría atrevido a esperarlo nunca!

Como todas las personas que saben que no pueden confiar en nadie, Ginevra Saint Clair se había habituado a hablar a solas y a confiarse a sí misma los secretos que no se hubiera atrevido a depositar en otra persona.

-Primera trampa, y la más burda: superabundancia de incienso, para que las ropas y el cabello, y hasta los poros del cuerpo, queden saturados y desde una legua se pueda saber quién ha entrado en determinado lugar. Segunda trampa: bolitas de polvo de arroz, que se deshacen al ser pisadas y que indican el sitio por donde se ha entrado, o si ha entrado alguien. Suponiendo que la vieja casa podía tener algún pasadizo secreto, tuve el buen acierto de sembrar de bolitas los alrededores de las paredes. Por aquí debió de entrar el señor *Coyote.* Luego veremos si nos es posible encontrar la puerta secreta. Y tercera trampa, tan vieja como el mundo: la de tres moscas encerradas en el equipaje. Cuando salí de este cuarto no quedaba en él ninguna mosca viva. Ahora veo dos en el techo y la otra no debe de andar lejos. Quien abrió el equipaje no se dio cuenta de quién lo ocupaba. Por ahí vuela la tercera mosca.

Riendo, Isabel agregó:

-Señor Yesares, propietario de esta posada, su disfraz ya ha caído. Es usted *El Coyote,* el hombre a quien, según parece, se ha perseguido en vano durante muchos años. Si yo fuera vanidosa, podría decir, como César: «Llegué, vi y vencí.»

Acercóse a la pared y, en el punto que correspondía a la bolita aplastada, comenzó a tantear. Al cabo de casi media hora de minucioso trabajo, tropezó con un resorte que apretó en seguida. Un trozo del recio muro de piedra giró lentamente hacia el interior de la pared, dejando al descubierto una abertura rectangular. Tomando una de las velas que iluminaban su cuarto, Isabel Perkins adentróse por el pasillo y fue siguiéndolo, observando, atentamente, las distintas puertas que correspondían a otras tantas habitaciones. Por fin, después de descender por una empinada escalera, llegó ante una puerta que marcaba el final del pasadizo.

Isabel vaciló unos instantes. Luego empezó a buscar en la puerta de piedra una mirilla similar a las que había advertido en las otras puertas. La encontró al fin y, abriéndola, miró a través de ella. Pudo ver en toda su extensión un pequeño despacho mal alumbrado por la mortecina llama de una gruesa vela.

La joven dominó, mediante un esfuerzo, el temblor de sus manos; después dejó en el suelo la palmatoria y empezó a abrir la puerta que daba al despacho particular de Yesares. En aquel mismo instante oyó abrirse la puerta del despacho y, a través de la mirilla, vio a Ricardo Yesares que, visiblemente preocupado, permanecía en el centro del despacho, como no decidiéndose a hacer nada.

Con el mayor cuidado, Isabel cerró de nuevo la puerta, que había empezado a abrir, y al inclinarse a recoger la vela, para escapar de allí, su mirada descubrió una oscura cavidad abierta en la pared. Por un momento la sangre se heló en sus venas y el aliento estrangulóse en su garganta. En aquel agujero algo negro se agitaba ominosamente.

Apretando los dientes y cerrando el paso al chillido que pugnaba por escaparse entre sus labios, Isabel aguardó el ataque del ser viviente que se ocultaba en aquella cavidad. Cuando, al cabo de un interminable minuto no ocurrió nada, Isabel cobró valor y, recogiendo la palmatoria, acercó a la cavidad la luz de la vela.

El infinito alivio que experimentó casi la hizo estallar en una histérica carcajada. Porque lo que ella creyó ser viviente era, tan sólo, una capa negra, un sombrero mejicano, también negro, un traje mejicano y, sobre todo, un antifaz igualmente negro.

—¡El disfraz del *Coyote* -musitó Isabel.

Volviendo a la mirilla que comunicaba con el despacho de Yesares, Isabel dirigió una mirada el interior. Deseaba ver con todo detalle al hombre que durante tantos años había disfrutado de la fama de ser más escurridizo que una anguila en agua fangosa.

Yesares aún continuaba en el centro de la estancia, pensativo, acariciándose la barbilla, preocupado por lo que don César le había dicho, sin imaginar que unos ojos no sólo le estaban observando, sino que leían sus pensamientos.

Dando por terminada su investigación, Isabel cerró la mirilla y se detuvo de nuevo ante el sitio donde se guardaba el disfraz del *Coyote.* Lo examinó de nuevo con más atención y descubrió dos revólveres enfundados y colgados de un cinturón canana repleto de cartuchos.

¡Las armas del *Coyote*!

No queriendo exponerse a ser oída y descubierta, Isabel corrió escaleras arriba y regresó a su cuarto. Hacia escasamente cuatro horas que había llegado a Los Ángeles, encargada del que se consideró el más difícil trabajo que jamás se te había confiado: ¡Descubrir al *Coyote*! Descubrir al hombre que durante veinte años se había burlado de las autoridades civiles y militares de la alta y baja California, en cuya persecución fueron lanzados los más sagaces policías, sin que ninguno se hubiera podido adornar con la victoria de haberlo descubierto. Y ella, una simple mujer, utilizando unos medios casi burdos, había cazado, al fin, al astuto *Coyote.*

Ya no faltaba más que aguardar a que John North regresara a Los Ángeles y acudiese a verla. Ginevra Saint Clair se imaginaba la escena. North iría a su encuentro sonriendo, burlón convencido de que la famosa espía habría fracasado.

-Una semana ha sido muy poco, ¿verdad? -preguntaría, sin duda alguna-. La famosa Ginevra Saint Clair necesita más.

Y ella respondería:

-Ginevra Saint Clair necesita mucho menos. A las tres horas de llegar a Los Ángeles ya sabía quién era ese famoso *Coyote,* que tanto daño os ha hecho y al que tan torpemente habéis tratado de localizar. Dadme el dinero y te diré su nombre. Además, te daré las pruebas que necesitas para convencerte de que no te engaño.

Iba a ser todo muy sencillo. Un trabajo insignificante. Y un precio casi excesivo.

Pero John North aún tardaría una semana en llegar a Los Ángeles. Hasta entonces, Ginevra Saint Clair no tendría nada que hacer. Ya sabía todo cuanto necesitaba: que el verdadero nombre del *Coyote* era Ricardo Yesares. Entretanto podría vivir tranquilamente la farsa que había ido a representar. Incluso procuraría entablar una amistad más profunda con el simpático don César de Echagüe.

-Es un hombre interesante -se dijo, mientras se disponía a acostarse-. Un caballero. Parece un poco tonto; pero sus ojos son los de un hombre inteligente...

Poco después, Ginevra Saint Clair, a pesar del formidable secreto que acababa de descubrir, dormía apaciblemente, en tanto que en su despacho, Ricardo Yesares paseaba nerviosamente de un lado a otro, tratando de hallar una solución al problema, que cada vez le parecía más formidable.

# Capítulo IV

## Los crisantemos de don César de Echagüe

A primera hora de la tercera mañana que Ginevra Saint Clair, bajo su falso papel de Isabel Perkins, pasaba en Los Ángeles, fue despertada por una insistente llamada a la puerta de su habitación.

-¿Qué ocurre? -preguntó, algo asustada.

-Un recado para usted, señora Perkins -replicó una voz al otro lado de la puerta.

-¿Qué recado es?

-¿Quiere que lo haga pasar por debajo de la puerta? -preguntó la voz.

-Sí, es mejor.

Oyóse el roce de un papel contra el suelo, e Isabel Perkins recogió un pliego doblado y sellado.

-¿Ya lo tiene? -preguntó de nuevo la voz.

-Sí -contestó Isabel, rompiendo el sello de lacre.

-Aguardo respuesta, señora Perkins -advirtió el mensajero.

Abriendo la hoja de papel, la joven leyó:

*Distinguida señora Perkins: He consultado a doce hechiceros indios y los doce han coincidido en asegurar que el día de hoy será el más hermoso del año. ¿Querría usted concederme el honor de permitir que la acompañase a recorrer en semejante día los lugares más pintorescos de las cercanías de Los Ángeles? He encargado ya a mis cocineras que nos preparen la más apetitosa comida, y los aromas que llegan hasta mí, desde la cocina, me hacen suponer que han cumplido al pie de la letra mis instrucciones y que, en efecto, se está condimentando la comida más apetitosa del mundo. Podré amenizar la excursión con el relato de algunas leyendas indígenas y varias historias de los tiempos de la conquista. ¿Serán suficientes atractivos los del día mejor del año, los del maravilloso paisaje, los de la más apetitosa de las comidas y la promesa de una charla amena e instructiva para decidirla a acompañar a este su más ferviente servidor, que besa sus pies?*

CÉSAR DE ECHAGÜE

Durante unos minutos, Isabel quedó con la mirada fija en el papel que tenía entre las manos. Se daba cuenta entonces de que durante todo el día anterior estuvo anhelando que don César acudiese a Los Ángeles. ¿Para qué? La respuesta que se daba Isabel era la de que don César, aparte de ser un agradable caballero californiano, era, también, la única persona divertida de Los Ángeles. Desde luego, infinitivamente más divertido que el plúmbeo Teodomiro Mateos, que parecía haberse propuesto la conquista de la viuda del teniente Perkins.

La llegada de la carta abría ante Ginevra Saint Clair la posibilidad de un día agradabilísimo.

-Bien, dígale a don César que acepto su invitación -anunció a través de la puerta.

-Muchas gracias, señora -replicó el enviado del ranchero-. Don César estará aquí dentro de veinte minutos,, con dos caballos para que usted elija el que más le pueda gustar.

Isabel Perkins dio su conformidad y apresuróse a arreglarse para la excursión. Eligió un traje de terciopelo verde botella, coronado por un sombrerito a modo de birrete, adornado con una larga pluma. Calzóse unas suaves botas altas y, adornando su mano con una ligera fusta, media hora después bajó al encuentro de don César de Echagüe, que esperaba en el vestíbulo, conversando con Yesares.

Al ver a la joven, inclinóse profundamente, siendo imitado por Yesares.

-¿He tardado mucho? -preguntó Isabel tendiendo la mano a Echagüe.

Este, después de besarla, replicó:

-Una mujer hermosa siempre llega antes de lo que se merece el hombre que tiene el honor de aguardarla.

-Es usted muy galante, don César -rió Isabel-; pero no ha contestado a mi pregunta.

-Entonces le diré que, teniendo en cuenta mis méritos, ha llegado usted muy pronto y, en cambio, si tenemos en cuenta el ansia con que yo la esperaba, ha tardado usted cien horas.

-Me abruma usted con su galantería, don César -sonrió Isabel-. Le prometo que he bajado tan pronto como me ha sido posible y que, voluntariamente, no le he hecho esperar ni un minuto más de lo imprescindible.

-Ahora soy yo el halagado, señora. ¿Quiere elegir el caballo que deba llevarla?

Isabel salió de la posada y examinó un momento los dos caballos que indicaba César de Echagüe.

-El blanco me parece el más seguro. Siempre he creído que los caballos blancos son los más mansos.

-Puedo presentarle un par de caballos endiablados y que, no obstante, son blancos como la nieve. No es tan importante el color de la piel como el de la sangre.

-Entonces, ¿cree que es más seguro el bayo?

-No, el blanco es el mejor. ¿Me permite ayudarla a montar?

Accedió Isabel Perkins, y un momento después, los dos, seguidos por el otro caballo, en el que se llevaba la comida, salían de la plaza en dirección Este, hacia las montañas de Beverly.

-Es curioso -comentó Isabel, rompiendo un largo silencio, y después de haber abarcado con la mirada el maravilloso paisaje.

-¿Qué es lo curioso? -preguntó César.

-Que los españoles, al conquistar América, eligieran los lugares más hermosos... Parece como si sólo les atrajera la belleza.

-Mis antepasados han sido todos un poco poetas, además de guerreros y religiosos. Somos una raza mal comprendida por los hombres anglosajones.

-¿Sólo los hombres? -preguntó, maliciosamente, Isabel Perkins.

-Sólo -sonrió César-. Las mujeres parecen comprendernos mejor. Ellas saben ver nuestras cualidades.

-He oído a muchos hombres discutir la fama de caballerosidad de los hispanoamericanos. ¿Qué opina usted?

-Una mujer puede hallar en cualquier hombre que no lleve sangre española en las venas mucha más cortesía de la que encontrará entre nosotros. La caballerosidad no quiere decir educación. Se puede aprender cortesía y educación o urbanidad, si quiere emplear el nombre infantil; pero, en cambio, no se puede aprender el arte de conseguir que la mujer se sienta reina del hombre que la adora. Esa cualidad la reservamos para nosotros. No la enseñamos.

-¿Ni a mí?-preguntó Isabel.

-Ni a usted; pero si quiere que le explique un poco de la base de la fama de los españoles en sus relaciones con las mujeres, lo haré. No es ningún secreto y, por eso mismo, no se puede enseñar. No se puede aprender a ser conquistador de corazones femeninos, de la misma manera que no se puede aprender a ser valiente.

-Nunca creí que su conversación pudiera ser tan amena, don César. ¿Es usted valiente?

-Hace usted unas preguntas terribles, señora. No, no soy valiente en el sentido que se suele dar a la palabra. Al contrarío, creo que soy bastante cobarde o, por lo menos, muy apegado a la tranquilidad. No me gustan las violencias. Considero estúpido que un hombre ande por el mundo haciendo gala de su valor y buscando a otro hombre que se demuestre más valiente que él. Al fin lo encontrará y, entonces, todos se olvidarán de que fue valiente y sólo pensarán que el otro fue más valiente que él.

-Por ejemplo: *El Coyote,* ¿no?

-¿Por qué habla usted de él?

-Porque encaja en el tipo que usted ha descrito. Va por el mundo haciendo alarde de valentía, y algún día hallará a otro más valiente que él. ¿No opina eso mismo?

-Sí, opino eso. *El Coyote* es un tipo que me repugna. Siempre tratando de demostrar que es valiente. ¿Para qué? El alarde de valentía molesta a los demás. Yo sería valiente si tuviera que defender un amor. Por otra cosa no lo sería.

-Explíqueme cómo se conquista un corazón de mujer. Parece usted muy práctico en eso... Creo que *El Coyote* es adorado por todas las mujeres de California.

-El caso del *Coyote* es especial. Es el caso del bandido generoso por quien se vuelven locas las mujeres. El final es siempre el mismo: una mujer defraudada en sus esperanzas lo matará o lo denunciará.

-Supongamos que quiere usted conquistar mi corazón, don César, ¿cómo lo haría?

-En primer lugar le pediría que nos detuviésemos, pues quiero explicarle una vieja historia de amor.

-¿Real?

-Si no lo es, merecería serlo. Es una historia de los tiempos de la Conquista. Uno de los oficiales que servían a las órdenes de Portolá dejó un gran amor en Méjico. Un día, a la capital de Nueva España llegó la vaga noticia de que el oficial había muerto en una emboscada tendida por un destacamento ruso que trataba de reclamar para su emperador toda la costa de California. La mujer, en cuanto supo la noticia, se puso en camino hacia estas tierras. Vino caminando desde Méjico, y esto se dice más pronto que se hace. Nada la detuvo. Cruzó sierras heladas y desiertos ardientes. Pasó hambre, sed, frío, calor. Pero cada vez su energía era mayor. Como el acero, los golpes la endurecían. Por fin llegó a California, preguntó a unos, preguntó a otros y, por fin, encontró a su amado.

-¿No había muerto? -preguntó Isabel.

-No; le había ocurrido algo peor. Unos brazos cobrizos lo retenían en California. Desde hacía dos años vivía en compañía de una india, cada vez más rebajado, más hundido en el deshonor. Le habían expulsado del Ejército, vivía como los indios, bebiendo un endiablado alcohol destilado de unas bayas azucaradas. Cuando vio ante él a su antigua novia, casi no la reconoció. Ella tuvo menos suerte y horrorizóse al ver en lo que se había convertido el hombre a quien tanto amó.

-¿Regresó a Méjico?

-No. No podía volver. Se sentía manchada por aquel amor que en ella había sido tan grande y en él tan pequeño. Huyó de la tienda en que vivía aquel español y subió a estas

montañas... Llegó hasta aquí y, arrodillándose en esta roca, pidió a Dios perdón por lo que iba a hacer. Luego, porque el hombre a quien amaba había muerto, en realidad, precipitóse desde aquí, y su cuerpo, rebotando de roca en roca, quedó tendido en el fondo del abismo.

-Un final muy triste. No invita al amor.

-Es que aún no he llegado al final. Queda algo más. Aquel hombre aún no había llegado al fondo de la total relajación moral. Aún quedaba en él una sombra de honor, y al darse cuenta de que la mujer a quien él había prometido tomar por esposa había estado allí, hizo un esfuerzo y partió tras ella. No llegó a tiempo de poder contenerla y la vio caer desde lo alto de esta roca. El cuerpo de su amada quedó tendido casi a sus pies.

-¿Y qué hizo? -preguntó Isabel, notando que César no continuaba.

-Se arrodilló junto a ella y quiso volverla a la vida. La pobre aún no había muerto, y sus ojos se abrieron un momento y miraron suplicantes a su amado. Éste comprendió y, desenfundando su daga de anchos gavilanes, apoyó la empuñadura en el suelo y el pecho sobre la punta, y lentamente se fue inclinando hacia los labios que murmuraban un último perdón y..., cuando llegó a ellos, dos últimos suspiros se unieron en uno solo.

-¿Se mató?

-Murió con ella. Y juntos los enterraron, y sobre sus tumbas plantaron dos pinos. Son esos que se ven en el fondo y cuyas copas, desde hace cien años, se besan cada vez que sopla un poco de viento... Como ahora...

Ginevra Saint Clair no se dio cuenta, hasta pasados varios segundos, de que estaba en los brazos de César de Echagüe, y que devolvía los besos que el californiano le daba.

-¡Oh! -exclamó, haciendo un esfuerzo por arrancarse a los brazos que, suavemente, la envolvían en un círculo de hierro que no podía romper-. ¡Suéltame! -pidió, en un susurro. Y sus oídos oyeron, incrédulos, estas palabras que salían de sus labios-: ¡Vida mía!... ¡Te amo!...

Su sangre parecía lanzada a una diabólica danza; era como un oleaje que se entrechocaba, era un flujo y reflujo de pasión que la dejaba incapaz de todo movimiento. Quería arrancarse a aquellos brazos y, al mismo tiempo, deseaba que la ciñeran con más fuerza. Quería huir de aquellos labios y, al mismo tiempo, deseaba que siguieran besándola. Y no quería abrir los ojos porque temía que en los de César de Echagüe hubiese burla o desprecio.

-¡Qué hermosa eres! -murmuró César.

-No me digas nada -susurró Isabel, como regresando de una arrolladora embriaguez-. Por favor, no te burles. Me debes despreciar, ¿verdad?

-¿Por qué?-preguntó César.

-¡Ha sido todo tan sencillo!... ¡Tan fácil!... Acaso creas que siempre...

Los dedos de César cerraron los labios de la joven.

-Calla -dijo-. No digas nada más.

-No sé que me ha ocurrido -dijo Isabel, tratando de hallar una explicación, no para el hombre que la había vencido tan fácilmente, sino para ella, para explicarse aquella fácil derrota-. Estaba segura de mí misma. Creí que me eras simpático y, de pronto... ¿Es así como conquistas a todas las mujeres?

-No... Sólo te he conquistado a ti... o, por lo menos, lo he intentado.

El nombre de la primera esposa de César de Echagüe estuvo a punto de brotar de los labios de Isabel, acompañado de la pregunta de si a ella no le amó tan apasionadamente; pero fue contenido a tiempo. Era mejor no mezclar a la muerta. El poder de los que se fueron es a veces más intenso que el de los que se quedan.

-¿Es verdad la historia que me has contado?

-Lo es -mintió César.

-He temido que fuera una demostración de cómo se conquista a una mujer.

-La demostración está en mi rancho. ¿Quieres verla?

-¿Qué es?

-Los crisantemos amarillos que me pediste. Ya están aquí.

-¿Han llegado del Japón? -preguntó, asombrada, Isabel.

-Los trajeron unos genios alados a quienes pedí ayuda.

-¡Mentira! -rió Isabel, sintiéndose extrañamente dichosa-. ¿Dónde los has obtenido... si es que los tienes?

-Es un secreto. Acompáñame y te los enseñaré.

Abandonando el lugar donde había ocurrido la imaginaría tragedia de amor, emprendieron la marcha hacia el rancho de San Antonio.

La bella Guadalupe les vio llegar y sus ojos se llenaron de rencor al fijarse en la mujer que acompañaba al dueño del rancho. Su instinto femenino le hacía interpretar exactamente la expresión que iluminaba el rostro de la forastera, a la vez que una voz interior le decía:

-Ella ha logrado lo que tú no has podido conseguir.

Al pensar que el rancho de San Antonio podía tener una nueva propietaria, Guadalupe apretó los puños. Y, segura de no poder soportar la visión de aquella intrusa, retiróse al interior de la casa, huyendo de todo encuentro.

Además, había adivinado para quién iban a ser aquellos crisantemos...

-¡Qué hacienda tan hermosa! -exclamó Ginevra Saint Clair, contemplando, llena de admiración, todo cuanto la rodeaba.

César se había retrasado un poco y la observaba algo preocupado.

-Es la obra de mis antepasados -explicó, acercándose a la mujer-. Yo he procurado seguir sus pasos y aumentar la importancia del rancho.

Desmontaron frente a la puerta principal y Ginevra se apoyó en un pilar de mármol. Estaba aún embriagada de emociones. Volvía a sentirse joven. Mucho más joven que en los tiempos en que diera sus primeros pasos en la adolescencia. Ni por un momento pensó que al entrar en aquella casa pudiese caer en un lazo tendido por don César. Sabía que lo de los crisantemos era una mentira; tal vez una excusa para llevarla allí pero no le importaba... ¡Oh, sí, sí que le importaba!... Por eso había aceptado la mentira y había ido a aquella casa; porque ocurriera lo que ocurriese, ella se sentiría feliz. En su existencia, vivida entre tantos hombres, no había habido jamás ninguno. Ninguno podía vanagloriarse de haber sido dueño de aquel cuerpo ni de aquel corazón.

Mientras entraban en la casa, Ginevra empezó a sentir un leve temor a que el pasado pudiese surgir algún día e interponerse entre ella y aquel amor nacido al conjuro de una historia romántica. ¿Y si César de Echagüe llegaba a enterarse de que ella había sido una espía del Sur que, a última hora, traicionó a su causa para conservar la vida? Mas, ¿por qué debía saberlo? ¿Y si se enteraba de que la próxima destrucción del *Coyote* era también obra suya?

No, no ocurriría nada. Don César había demostrado claramente su poco interés por el famoso enmascarado. No lamentaría su desaparición y no era probable que hiciese ninguna investigación para dar con el verdadero autor del golpe que habría terminado con él.

-Voy a enseñarte los crisantemos.

Las palabras de César arrancaron a Ginevra de su sueño.

-¿Qué? Pero... ¿es verdad?

-¿Lo de que te he hecho traer dos crisantemos? -sonrió César-. Ahí los tienes. Estaba demasiado impaciente para proporcionártelos... Si hubiera esperado unos días más, el ramo hubiera sido mayor, pero dentro de diez días tendré otros diez crisantemos iguales para ti.

Ginevra acercóse lentamente al jarrón donde estaban los dos crisantemos amarillos. La sospecha que abrigó al dirigirles la primera mirada se fue confirmando. Los innumerables pétalos y el tallo de las dos flores eran de oro puro. Aquellos dos crisantemos eran un prodigio de orfebrería, y por esto sólo valían una fortuna, aparte de la enorme cantidad de metal que entraba en aquella labor.

-¡Oh, César! -murmuró la joven, volviéndose hacia el dueño del rancho y mirándolo con los ojos muy abiertos-. ¿Por qué has hecho esto?'

-Porque deseaba cumplir mi promesa.

Volviéndose de nuevo hacia las metálicas flores, Ginevra acarició los duros pétalos y

murmuró:

-No es el valor material lo que importa en ellas... ¿Por qué no? –preguntó César, y en su voz Ginevra temió adivinar una nota irónica.

-Es demasiado rico -musitó la joven.

-Entonces aún es demasiado pobre. ¿Te lo llevarás?

-Prefiero aguardar a que estén todos los crisantemos hechos -contestó Ginevra-. Entonces te diré lo que puede hacerse con ellos.

César de Echagüe contempló un momento a la mujer que estaba ante él. ¿Cuál era su verdadero secreto? No era una esfinge, sino un ser real, de carne y hueso, de alma y de corazón y, sin embargo, había algo falso en toda aquella apariencia.

-¿Qué hay en aquellas montañas que se ven allí? -preguntó, de súbito, Ginevra, señalando unas montañas que se levantaban a un par de leguas del rancho.

-Son unos hermosos aunque pequeños cañones -explicó César-. ¿Te gustaría visitarlos?

La respuesta de Ginevra fue inmediata; pero no impremeditada. Desde hacía varios minutos estaba deseando alejarse de aquella casa, donde notaba demasiado latente el recuerdo de la primera esposa de César de Echagüe. Aquel fantasma se interpondría siempre entre ellos; pero, como todos los fantasmas, sólo tenían fuerza entre los muros que le vieron vivir en la realidad. En el que fue su hogar, la primera mujer de César de Echagüe hallaría las energías necesarias para manifestarse y ser fuerte. Lejos del rancho de San Antonio, Leonor de Acevedo no podría nada contra la mujer que deseaba sustituirla en el corazón de César de Echagüe.

# Capítulo V

## Lluvia en el cañón

El cañón del Rocío estaba invadido por las plantas tropicales. Altas palmeras, plantas espinosas, abundantes bejucos, helechos gigantes y un grueso tapiz de hierba que apagaba los pasos de los caballos.

-¡Qué hermoso es! -exclamó Ginevra-. Parece artificial. ¡Es tan distinto de todo cuanto he visto hasta ahora! Parece arrancado de La Florida o de Louisiana y traído aquí para ser despojado de todo lo que en su punto de origen puede resultar feo.

Hacía casi dos horas que caminaban por entre aquella vegetación.

-Ya es la hora de comer -anunció César.

-No tengo apetito. Estoy saturada de belleza... No, no lo digo por mí. Es la belleza que me rodea la que se ha introducido en mi cuerpo y en mi espíritu. No me atrevo a profanar este paisaje de maravilla sentándome bajo una palmera a comer.

-A un cuarto de legua de aquí tengo una cabaña -explicó César-. Se levanta junto a una fuente. La construí hace un año. ¿Quieres que vayamos allí?

Ginevra asintió. Cuando llegaron a la vista de la cabaña, que era una sólida construcción de piedra, con techo de tejas encarnadas, no pudo contener una exclamación de alegría.

-¡Qué bonita!

Cuando cruzaron el umbral, César explicó:

-Eres la primera mujer que entra en ella, Isabel.

Ginevra volvióse hacia el californiano.

-¿Es verdad?-preguntó.

-Lo es, porque al construirla pensaba en ti y no quise que nadie te precediera.

Estas palabras halagaron a Ginevra, quien, riendo como una niña, dióse prisa en repartir sobre la mesa los alimentos que César había hecho preparar.

A las cuatro de la tarde terminaron de cenar, y en aquel momento el rayo de sol que penetraba por una de las ventanas de la cabaña fue perdiendo en intensidad hasta apagarse por completo. Los dos corrieron a ver la causa de aquel incidente, y descubrieron el cielo lleno de densas nubes que lo iban cubriendo rápidamente. Un viento frío y húmedo encajonóse por el cañón.

-Va a llover -dijo Ginevra.

Una gota gruesa y caliente reventó contra el marco de la ventana, salpicando el rostro de los dos, que estaban asomados a ella. En seguida otras gotas siguieron a la primera y César corrió a meter los caballos en la pequeña cuadra adyacente. Apenas hubo cerrado tras él la puerta de la cabaña, la lluvia torrencial desbordóse sobre la tierra.

-Sospecho que el profeta indio estaba equivocado -sonrió César.

-¿De veras estuvo equivocado? -preguntó, sonriente, Ginevra.

César comprendió la sospecha de la joven y sonrió.

-Te aseguro que estaba convencido de que haría buen tiempo -dijo-. Si lo prefieres, me marcharé a buscar una carreta donde puedas ir más cómoda.

-¿Por qué dices esto? -preguntó Ginevra.

-Por si no querías quedarte aquí, conmigo.

Ginevra le miró a los ojos.

-Prefiero quedarme -dijo.

La estancia se llenó del olor de la tierra caliente enfriada por el agua de la lluvia. Ginevra la aspiró fuertemente, como un perfume exótico y turbador. César, detrás de ella, levantó lentamente las manos hasta posarlas en los hombros de la joven. Ginevra sintió que un escalofrío le recorría todo el cuerpo. Con todos los nervios en tensión y la mirada fija en un punto vago, aguardó, anhelante.

La suerte estaba echada. Ya no podía retroceder. No podía ni quería. Desde el primer instante había tenido el convencimiento de que su viaje a California sería de una importancia definitiva. Lentamente volvióse hasta quedar frente a César. Los dos se miraron largo rato y, cada uno, leyó la verdad en los ojos del otro.

La lluvia aumentaba en intensidad. Por el fondo del cañón corrían ya las fangosas aguas. El rumor de la tempestad era cada vez más intenso. La oscuridad iba en aumento.

A las ocho de la noche comenzó a amainar la tormenta. A las nueve había cesado por completo. A las diez, la luna surgió de detrás de una barrera de nubes que se iban alejando impelidas por la fuerza del astro nocturno. A las once, el cielo estaba limpio de nubes. La luna flotaba plácidamente, rodeada de plateadas estrellas. En la cabaña del Cañón del Rocío no brillaba ni una luz; pero en la cuadra, tres caballos esperaban, sin impaciencia, el momento de regresar al rancho de San Antonio.

En éste, la joven Guadalupe, sentada junto a la ventana de su cuarto, también aguardaba en vano, con la mirada llena de trágica expresión fija en la alameda que conducía al rancho.

Fueron las primeras luces del día las que vieron, al fin, a César de Echagüe y a Ginevra Saint Clair... Estaban frente a la posada del Rey Don Carlos. El californiano tenía entre las suyas la mano de la mujer a quien estaba despidiendo.

En los ojos de Ginevra había una intensa felicidad. Ya no dudaba del amor de aquel hombre, el primero y el único de su vida.

-¿Hasta luego? -preguntó.

-Sí -contestó César-. Esta noche cenaremos juntos.

-¿En la posada? -preguntó Ginevra.

-No, en mi casa.

-Prefiero volver a nuestra cabaña -murmuró la joven.

-¿Sabes lo que voy a hacer en seguida? -preguntó César.

Ginevra movió negativamente la cabeza.

-No.

-Compraré todos los terrenos del Cañón del Rocío y lo convertiré en nuestro jardín.

Ginevra estrechó con más fuerza la mano de César y le dirigió una mirada de profundo agradecimiento. Luego entró en la posada.

César, en la calle, quedó solo y, al emprender el regreso al rancho, llevaba en el rostro una expresión de inquietud y de duda. No, aquella mujer no era una aventurera vulgar. Si acaso...

# Capítulo VI

## La identidad del *Coyote*

Ginevra Saint Clair subió lentamente a su habitación. Sus pensamientos estaban violentamente impregnados de los recuerdos de las últimas horas. Sí, la suerte ya estaba echada. Pero ¿no debía ella haber explicado toda la verdad? ¿Cómo reaccionaría después, cuando llegara a saberla, César?

Pero ¿era completamente necesario que lo supiese? ¿No podría ocultarle siempre su pasado?

En el momento en que cruzó el umbral de su habitación, Ginevra comprendió que no estaba sola.

-Buenos días, Ginevra Saint Clair -saludó una voz.

-Buenos días, teniente -replicó fríamente Ginevra-. No esperaba que llegara usted tan pronto.

-Me han traído las noticias que me han dado. Dicen que la señora de Perkins no hace absolutamente nada de nada, excepto coquetear con ese caballerito ridículo que se llama don César de Echagüe.

-No creo que mi vida íntima le importe nada a la banda de la Calavera -replicó Ginevra-. ¿O acaso sí?

-Ya sabe usted, señorita Saint Clair, que hay alguien en la banda de la Calavera que se interesa profundamente por todo cuanto se refiere a usted y, sobre todo, a su vida íntima.

-Pierde usted el tiempo, teniente North -advirtió Ginevra-. Entre nosotros sólo puede haber relaciones... comerciales. No nos apartemos de ellas y así los dos saldremos beneficiados.

-Yo no puedo perder gran cosa, señorita Saint Clair -advirtió North.

-Puede perder la vida, que supongo es lo único que le importa.

-¿Me amenaza? -preguntó, con dureza, North.

-Sólo le prevengo -replicó, con igual tono, Ginevra-. Limítese a tratar de los asuntos que nos unen.

-¿Qué sabe del *Coyote*? -preguntó, violentamente, North-. ¿Ha hecho algo? ¿Ha descubierto alguna pista? ¿Ha intentado averiguar quién es *El Coyote*?

Ginevra sonrió burlona, y North, exasperado, prosiguió:

-Yo contestaré por usted. No sabe nada, no ha descubierto nada... Pero si cree que vamos a tolerar sus burlas, Ginevra Saint Clair, está usted muy equivocada... El Klu Klux Klan sabrá...

-Estamos en California, no en Virginia, ni en Georgia, ni en Alabama, ni en Louisiana. Aquí no tiene el Klu Klux Klan ninguna fuerza.

-Pero la tenemos nosotros -replicó North-. Y si queremos, podremos ser mil veces peores que el Klan.

-Ante tan terrible amenaza me doy por vencida -suspiró Ginevra-. Traiga el dinero prometido, teniente North, y le diré quién es *El Coyote.*

-¿Quién es? -preguntó, impetuosamente, North.

Ginevra se encogió de hombros.

-Traiga el dinero.

-Me está engañando. No sabe nada. ¿Cómo ha podido descubrir en dos días, sin casi moverse de esta casa, quién es el hombre que deseamos exterminar? La hemos vigilado, Ginevra; conocemos todos los pasos que ha dado. Hasta lo que ha ocurrido en el Cañón del Rocío. ¿Qué ha visto en ese estúpido de César de Echagüe?

Los ojos de Ginevra centellearon furiosos.

-John North -dijo, espaciando amenazadoramente las palabras-. Sé quién es *El Coyote* y, por lo que acaba de decir usted, me dan tentaciones de acudir al *Coyote* y explicarle quiénes le persiguen, cómo se llaman y dónde se esconden. Quizá él pague mejor que ustedes la información.

-¿Quiere luchar?

-No; pero tampoco me asusta la pelea, teniente. Si quiere chocar conmigo, chocará. Y las consecuencias podrán ser graves para mí; pero serán fatales para usted.

-¿Es cierto que sabe quién es *El Coyote*?

-Lo supe a las tres horas de haber llegado a Los Ángeles.

-¿Quién es?

-Traiga el dinero prometido, teniente. Entonces le diré quién es *El Coyote.*

-Necesitaré algo más que su palabra, Ginevra. No entregaré una fortuna y aceptaré como bueno un simple nombre.

-Le daré pruebas convincentes, North.

-¿Cómo es posible que haya descubierto en tres horas lo que nosotros no hemos podido averiguar en tantos años de esfuerzos?

-Supongo que cuando me *ofrecieron* ese trabajo lo hicieron suponiendo que yo conseguiría lo que a ustedes les era imposible, ¿no? De lo contrarío, no me explico su largo viaje hasta Louisiana.

-Desde luego..., pero si es cierto que ha descubierto ya al *Coyote* tendremos que admitir que es usted genial y que ha superado nuestras máximas esperanzas.

-Así es.

-Pero la noche en que llegó cenó usted con Mateos y con ese Echagüe. ¿Es *El Coyote* uno de ellos?

-¿Se imagina usted a cualquiera de los dos haciendo de *Coyote?*

-No; pero... si es verdad lo que dice...

-No necesito mentir, teniente North; pero no trate de hallar la solución atando cabos sueltos, porque no lo conseguirá. Muchos de los cabos están lejos de su vista. Y ahora retírese, teniente. Me impide descansar.

-Puede acostarse si quiere, Ginevra. No se moleste por mi presencia.

Ginevra dirigió una mirada a la cama y luego al suelo.

-Ya sé que ha descargado el revólver que guardaba yo debajo de la almohada --dijo-. ¿Quiere devolverme las balas?

North sonrió, divertido y, por último, sacó del bolsillo seis cartuchos y los tendió a Ginevra. Ésta fue a la cama y sacando el revólver de debajo de la almohada comenzó a cargarlo.

-¿Cómo ha sabido que yo lo había descargado? -preguntó.

-Mírese la suela de su zapato derecho -replicó Ginevra-. Verá una mancha cremosa. No la tendría si no se hubiese acercado al revólver.

North siguió la indicación de Ginevra y, asombrado, admitió:

-Es verdad. ¿Para qué hace eso?

-Lo ideé para descubrir al *Coyote*. Y así lo descubrí. Ahora, teniente, márchese.

-¿Me matará si no obedezco?

-No, no le mataré, porque haría demasiado ruido, vendría gente y no me dejarían dormir.

-Quizá no la oiga nadie.

-Aun así, me sería muy molesto dormir con un muerto a los pies de la cama. Adiós. No vuelva por ningún motivo antes de las doce.

North salió de la habitación y, sin preocuparse de si le oían, bajó silbando por la escalera. Ginevra le escuchó, contrayendo las manos y, por fin, dominando su ira, cerró la ventana y se tendió en la cama. Durante tres horas permaneció inmóvil, reviviendo mentalmente las horas pasadas en la noche última.

Luego se quedó dormida y no despertó hasta las once y media. Entonces cambió por otro el traje de montar, lavóse, y cuando le fue anunciada la visita de North, pidió que le hicieran subir a su cuarto.

-Aquí tiene el dinero -dijo, tirando sobre una mesita un fajo de billetes-. Veamos ahora las famosas pruebas de la identidad del *Coyote.*

Ginevra guardó el dinero en un cajón, y después de encender una vela, acercóse a la pared con ella y buscó el resorte. Lo apretó, y cuando quedó al descubierto la entrada al pasadizo, volvióse hacia North y le invitó:

-¿Quiere acompañarme?

-¿Qué significa esto? -preguntó el bandido.

-Que entramos en los dominios del *Coyote.* ¿Tiene miedo?

-No, pero... me gusta saber adonde voy.

-A convencerse de quién es *El Coyote* -sonrío Ginevra-. Si tiene miedo me limitaré a decirle el nombre y dejar para otros el trabajo de comprobar si miento o no.

-Vamos -replicó North.

Entraron en el pasadizo, y Ginevra guió al bandido por el tortuoso pasadizo, y luego por las escaleras, hasta llegar a la puerta final. Entonces señaló la cavidad donde estaban las ropas del *Coyote,* diciendo:

-Ahí tiene las pruebas. El disfraz del *Coyote.*

North examinó afanosamente aquellas prendas de ropa. Luego volvióse, admirado, a Ginevra.

-Nunca lo hubiese creído -susurró-. ¿Cómo dio con esto?

-Siguiendo una pista.

Ginevra abrió, después, la mirilla, y viendo a Yesares sentado ante la mesa de su despacho, volvióse hacia North y dijo:

-Ahí tiene al *Coyote.* Es suyo.

North miró atentamente por la mirilla, y luego, cerrándola, emprendió el regreso hacia el cuarto de Ginevra... Una vez allí dijo a ésta:

-Claro... no podía ser otro. Hace tiempo que sospechábamos; pero nos faltaba la prueba. Ha sido usted formidable.

-¿Qué piensan hacer con él?

-Lo raptaremos y lo llevaremos a la mina del Misionero. Allí tenemos también a la verdadera Isabel Perkins. Hemos guardado allí una buena cantidad de dinamita. La haremos estallar y nadie dará con *El Coyote.*

-¿Lo enterraran vivo?

-No. Lo sentaremos sobre la dinamita. Después de la explosión no quedará gran cosa de él.

-Bien, estamos en paz. Adiós, North.

-Adiós, Ginevra... Si tu amado no quiere ligarse a ti con los sublimes lazos del matrimonio, recuerda que yo siempre estoy dispuesto... No, no empieces a enfadarte. Adiós. Supongo que esta noche también la pasarás con don César. Me gustaría saber qué encuentras en él que no puedes hallar en nosotros.

-Nunca lo comprenderías, North. Adiós.

-Adiós, Ginevra. Te deseo mucha felicidad.

North salió de la habitación y Ginevra Saint Clair sentóse ante el espejo de su tocador y comenzó a peinarse. Al mismo tiempo buscaba en el límpido cristal alguna huella que pudiera empañar su belleza. Aún era muy joven y podía sentirse orgullosa de su hermosura. Orgullosa y agradecida, porque gracias a ella había encontrado, al fin, el amor.

# Capítulo VII

## La mentira

César de Echagüe miró fijamente a la joven. Ginevra, inquieta por el silencio que reinaba entre los dos desde que llegaron a la cabaña del Cañón del Rocío, no pudo contenerse más y preguntó:

-¿Ocurre algo malo?

-Tal vez -murmuró César-. ¿Te dolería mucho que te hubiese engañado?

-¿Engañarme? ¿Tú a mí?

-Sí. ¿Te extraña?

-Sí... Me extraña...

-Te extrañaría menos que fueses tú quien me hubiera engañado.

Una gran inquietud se apoderó de Ginevra.

-¿Por qué dices eso? Es una locura...

-Sí, es una locura... porque nunca me has engañado.

-Claro que no. Nunca te he engañado; pero no comprendo por qué hablas así. Eres tan distinto de ayer.

-He reflexionado mucho. Hasta ayer te creí una clase de mujer. Desde ayer sospecho que me equivoqué en mi juicio. Si no hubiera sido porque creía estar seguro acerca de quién eres, lo de ayer no habría sucedido.

-¿Te arrepientes? -preguntó, con súbita amargura, Ginevra-. No debes preocuparte. Si estorbo en tu vida me alejaré de ella. No debes tener miedo.

-No tengo miedo. Antes he dicho que no me has engañado nunca; pero no quise decir que no lo intentases.

-¿Qué quieres decir, César?

-Creo que ya lo sabes perfectamente, Ginevra Saint Clair.

Ginevra sintió como si le hubieran descargado un mazazo contra el pecho. Aferróse al brazo del sillón en que se sentaba y miró, lívida de angustia, a César.

-¿Por qué has pronunciado ese nombre? -tartamudeó.

¡Qué distinta era aquella situación, incluso, de su entrevista con el general!

-Es tu nombre -replicó César.

Dominada por la mirada del hombre, Ginevra inclinó la cabeza.

-Sí, es mi nombre -musitó, al fin.

-Un nombre de espía.

-Que sirvió al Sur y que luego le traicionó para salvar su vida. Tal vez eso también lo sepas.

-No lo sabía. ¿Es cierto?

-Sí. Me detuvieron los del Norte y me amenazaron con la horca si me negaba a ayudarles.

-Al fin y al cabo, eres mujer.

-¿Me desprecias?

-No. En seguida comprendí quién eras y lo que buscabas. Quise seguir tu juego y quizá lo llevé a un límite demasiado lejano; porque hasta ayer te creí una mujer sin honor de ninguna clase. Ayer me di cuenta de que no eras tan mala como te creía. A menos que hubieses descubierto la verdad que nadie conoce.

-¿Qué verdad? -preguntó Ginevra.

-La de que yo soy *El Coyote.*

Por un instante, los ojos de Ginevra expresaron infinito asombro; luego, dominada por una gran hilaridad, rompió en violentas carcajadas, que terminaron en un entrecortado sollozo.

-¡No, eso, no! *El Coyote* es otro. Es Ricardo Yesares.

-Veo que lo descubriste -musitó César-. Pero estás equivocada. Yesares es mi ayudante, se disfraza como yo, me sustituye en los trabajos de poca importancia, como son los de registrar ciertos equipajes. Le descubriste por el olor a incienso, ¿no?

-Sí... Pero... ¿de veras eres tú *El Coyote?*

-De veras. Ya ves que no te oculto nada.

-¿Y por qué no me lo ocultas?

-Porque creo que me amas.

-Sí..., pero si tú eres *El Coyote* corres peligro, César. Ese hombre podrá denunciarte...

-¿Quién?

-Yesares. A estas horas deben de haberle cazado ya los de la banda...

-¿Qué banda?

-La Calavera. Me obligaron a ayudarles... -Ginevra explicó concisamente todo lo ocurrido-. Ahora ya saben quién es *El Coyote* y le llevarán a la mina del Misionero. Harán estallar junto a él una carga de dinamita y toda la mina se hundirá... Pero si él se asusta y te descubre... ¿Adonde vas?

-¡A salvarle! -rugió César, yendo a un armario secreto y sacando de él el disfraz del *Coyote* que guardaba allí-. ¿Por qué le has descubierto?

-Creí que era el verdadero *Coyote.* Encontré su traje, todo le acusaba.

César se cambió rapidísimamente de ropa, y en cuanto estuvo enmascarado se volvió hacia Ginevra.

-Adiós -dijo-. No te muevas de aquí. Luego volveremos a hablar.

La joven quedó, como atontada, en el centro de la estancia. Había acudido allí con la ilusión de repetir la felicidad de la noche anterior y, de súbito, todo se había hundido. El hombre a quien amaba más que a su vida debía de despreciarla, porque, sin sospecharlo, había arruinado todos sus proyectos y su obra.

Al comprender que César de Echagüe corría a enfrentarse contra un enjambre de peligrosos enemigos, Ginevra reaccionó violentamente. Corriendo al armario de donde César había sacado su disfraz, lo abrió y buscó en él. Un momento después empuñaba dos revólveres cargados y, sujetándolos a la cintura con una faja de seda, salió de la cabaña y, montando en el caballo en que había venido, emprendió el galope hacia la salida del Cañón del Rocío. Conocía vagamente el emplazamiento de la vieja mina, una de las primeras en ser explotadas, y en cuyos túneles tenía seguro cobijo toda la banda de la Calavera.

Mientras galopaba por los difíciles caminos trataba de descubrir a César de Echagüe; pero el californiano debía de galopar mucho más de prisa o por otros caminos más directos.

-¡Dios mío, protégele! -pidió, fervorosamente, Ginevra-. ¡Salva su vida!

Al fin, al cabo de casi una hora de galopar, llegó a la vista de la mina y, desmontando de un salto, prosiguió a pie su camino, cobijándose detrás de todas las matas y árboles que encontraba a su paso, con la mano en la culata de uno de los revólveres.

De pronto, la sangre se heló en sus venas al ver, entre un grupo de caballos, el de César de Echagüe.

Tuvo que apoyarse en el tronco de un árbol, y durante varios segundos el corazón se negó a latirle acompasadamente. Por fin, haciendo un supremo esfuerzo, devolvió la flexibilidad a sus piernas y comenzó a arrastrarse lentamente hacia el centinela que guardaba los caballos. Cuando estuvo a dos metros de él, incorporóse de un salto y dejó caer el revólver contra la cabeza del hombre, que se desplomó de bruces, quedando sin sentido.

Aunque temía estar perdiendo unos minutos preciosos, Ginevra ató al hombre y le arrebató su revólver, luego siguió su camino hacia la entrada de la mina. No encontró ningún centinela más y, con infinitas precauciones, entró en el túnel, avanzando hacia el interior. Durante más de un centenar de metros, el túnel era recto, luego torcía a la izquierda. En aquel punto se veía un reflejo de luz y se oían voces de hombre. Al oír una de aquellas

voces, Ginevra sintióse desfallecer.

¡Era la de César de Echagüe, *El Coyote*!

# Capítulo VIII

## El exterminio de la banda

César de Echagüe galopaba ciego a todo lo que no fuese la idea del peligro en que se encontraba su ayudante. Había creído que Ginevra Saint Clair, de cuya identidad no le había costado nada enterarse, trabajaba para el Gobierno y que, de momento, no intentaría nada. Ni por un instante se le ocurrió que pudiese estar relacionada con la banda de la Calavera. ¡Aquel error iba a pagarlo quizá trágicamente el hombre que tanto le había ayudado!

Salvando cuantos obstáculos se interponían en su camino, galopó como un loco hacia la mina del Misionero, y cuando el lazo silbó sobre su cabeza era ya demasiado tarde. No pudo hacer nada, y cuando se encontró en tierra y quiso levantarse, tres hombres cayeron sobre él y le dominaron antes de que le fuese posible empuñar sus armas.

-Tenemos otro *Coyote* -rió uno de los que le habían capturado.

John North miró asombrado, al hombre que le traían sus bandidos.

-Le cazamos cuando venía hacía aquí -dijo uno de ellos.

Estaban en el interior de la mina, en un espacio algo más amplio, en el que había algunas mesas y sillas. En un rincón se veían las cajas de dinamita y ante ellas se encontraban la mayoría de los bandidos. Otros estaban sentados en los camastros que se alineaban a lo largo del túnel que descendía hacia el fondo de la mina. Atado a un pesado sillón se veía a Ricardo Yesares, y frente a él había estado John North desde el momento en que sus hombres trajeron al otro *Coyote*

-Veamos su cara -sonrió North. Empiezo a sospechar que hay demasiados *Coyotes.*

Uno de los bandidos arrancó el antifaz que cubría el rostro de César de Echagüe.

-¡Ah! ¿Usted también es aficionado a disfrazarse de coco, don César? -preguntó burlón, North.

-Sí -replicó César-. ¿Y usted es el jefe supremo de esta cuadrilla?

-Sí. Y ésta es mi cuadrilla. La totalidad. Casi un centenar de hombres.

-¿Tiene miedo de enfrentarse con nosotros solos?

-No. Pero sí me gustaría saber quién de ustedes es el verdadero *Coyote.*

-Yo soy -dijo César. Y dirigiéndose a Yesares, que iba a protestar, ordenó-: Cállate. Ya sabes que tú no eres más que un simple ayudante.

-¿Por el que usted se dispone a perder la vida, don César?

-Tal vez. Pero si es usted inteligente podemos llegar a un acuerdo. Le ofrezco cien mil pesos por la vida de ese hombre. Póngalo en libertad y le firmaré una orden de pago de cien mil pesos.

-No -replicó North, moviendo negativamente la cabeza-. No me atrae su ofer ta. Podría ser usted el verdadero *Coyote;* pero también podría ser un loco dispuesto a sacrificar su vida por salvar la de un amigo. En ese caso, por cien mil pesos dejaríamos en libertad al verdadero *Coyote,* y hemos pagado muchísimos dólares por descubrirlo para que nos tiente una oferta así.

-¿Qué piensa hacer, pues?

-Su pregunta es muy curiosa, don César. Sin embargo, le contestaré la verdad: Pienso matarles a los dos y de esa forma sé que *El Coyote,* ya sea usted o bien su amigo, ha dejado de existir. Si en vez de ser dos fuesen doscientos, los mataría de la misma forma. Nos ha

hecho demasiado daño el señor *Coyote* para detenernos por un asesinato más o menos.

-Le ofrezco doscientos mil pesos por la vida de ese hombre -dijo fríamente César de Echagüe-. Él no es *El Coyote.* Cuando yo empecé a actuar él era casi un niño. ¿Cómo quiere que haya sido *El Coyote* si hace poquísimo tiempo que llegó a Los Ángeles?

-A pesar de todo, podría serlo, don César -replicó North-. Y aunque no lo fuese, es un testigo que sabe demasiado. Morirá de todas formas igual que usted.

-Te equivocas, North, no morirá -dijo en aquel momento una voz.

Todos se volvieron hacia el túnel y vieron aparecer a Ginevra Saint Clair con un revólver en cada mano y otro en la cintura. Por la firmeza con que empuñaba las dos armas, comprendieron que no vacilaría en disparar y que su tiro sería certero.

-¿Qué quieres?... -preguntó North.

-Que sueltes a esos hombres -ordenó Ginevra.

-No lo haré.

-Ya no representas nada, John North... Aunque tú no quieras, tus hombres me obedecerán. Vosotros -agregó, dirigiéndose a los que tenían sujeto a César-. Soltadle.

Uno de los hombres soltó el brazo del *Coyote.* El otro, el que estaba a su derecha, quiso empuñar el revólver.

Sin apuntar, casi sin mirarle, Ginevra disparó, y el bandido cayó de rodillas lanzando chillidos de dolor y sujetándose con la mano izquierda el brazo destrozado por la pesada bala.

-John North, si te mueves haré lo mismo contigo, y lo repetiré a quien intente algo contra esos dos hombres.

Entretanto, César de Echagüe había desatado a Yesares, que recogió dos revólveres, en tanto que *El Coyote* empuñaba un rifle Winchester que uno de los bandidos había dejado caer.

En el fondo de la mina se agolpaban los demás bandidos, y César de Echagüe cambió una inquieta mirada con Yesares. ¿Cómo iban a contener a aquellos hombres si de pronto se lanzaban todos al ataque? Y lo harían en cuanto les vieran retroceder; porque era prácticamente imposible desarmarlos a todos. Quitando un revólver a otro de los bandidos, César se colocó junto a Ginevra.

-Vámonos -le dijo.

-Sal tú -murmuró la joven, cuyos labios estaban mortalmente blancos.

-Vamos -insistió César.

-¡Vete! -casi chilló Ginevra-. Déjame con ellos...

Cogiéndola bruscamente de un brazo, César tiró de ella. Aquel momento lo aprovechó North para empuñar sus dos revólveres y disparar.

Sólo pudo hacerlo con una de sus armas, porque el disparo con que *El Coyote* replicó al suyo fue simultáneo.

César de Echagüe sintió que Ginevra chocaba contra él y buscaba apoyo en su brazo izquierdo. También notó que dejaba caer al suelo los dos revólveres.

-Vamos -insistió César.

Ginevra ya no hizo resistencia y se dejó apartar del cadáver de John North, entre cuyas cejas se veía el negro orificio de entrada abierto por la bala del *Coyote.*

Yesares cubrió la retirada y César y Ginevra escaparon a todo correr; pero al salir de la mina, la joven cayó de rodillas y, con voz apenas perceptible, pidió:

-Vete... Huye tú... Yo ya... he terminado...

La mano con que se apretaba el pecho estaba ya teñida por la sangre. La bala de North había encontrado destino trágico.

Yesares llegó junto a ellos.

-Nos atacarán en seguida -advirtió-. No podremos huir... -Al ver a Ginevra, preguntó-: ¿Qué ocurre?

-Está gravemente herida -explicó César-, No podría resistir la cabalgada.

-Pues... déjela -gruñó Yesares-. Al fin y al cabo, nos ha hecho traición...

César negó con la cabeza.

-No, Ricardo, no puedo -dijo. Y notando la ansiosa mirada de la joven, agregó-: La amo demasiado.

-Gracias -musitó Ginevra.

César tuvo que dejarla en el suelo porque en aquel momento el túnel se inundaba de bandidos. Empuñando su revólver, *El Coyote* disparó los cinco tiros que quedaban en el cilindro. Yesares le imitó y el plomo de las armas puso un freno al ataque. En el túnel quedaron siete cuerpos sin vida.

-Sólo podemos hacer una cosa -susurró César al oído de Yesares-. Y es tan imposible... que sólo un milagro... Pero voy a intentarlo.

Levantando el rifle comenzó a disparar hacia el fondo del túnel, a pesar de que estaba vacío de atacantes.

-¿Qué quiere lograr? -preguntó Yesares, extrañado del cuidado que ponía *El Coyote* en cada disparo.

Cuando la última de las doce balas que contenía el depósito del rifle entró en la recámara, César murmuró:

-Ahí va nuestra última esperanza.

-Pero ¿qué es lo que pretende?

-Alcanzar de rebote las cajas de dinamita. He observado las cajas y están manchadas de nitroglicerina. La dinamita se ha descompuesto y bastará un fuerte golpe para que vuele toda la mina...

En aquel momento apretó el gatillo, y la bala, rebotando contra la rocosa pared del fondo del primer tramo del túnel, alcanzó a uno de los bandidos que se encontraba a pocos pasos de las cajas de la dinamita. Aunque no mortalmente herido, el hombre dio un salto hacia atrás y desplomóse contra las cajas, derribando una de ellas.

Una explosión indescriptible conmovió toda la montaña, en cuya ladera se abrió la mina. Por la boca de ésta surgió un chorro de fuego y polvo y un momento después todo el túnel se hundía y, con él, la mina entera, enterrando entre sus escombros a la banda de la Calavera, que había reñido su última lucha.

Cuando el polvo se hubo disipado, César se inclinó sobre Ginevra. Los ojos que le miraron ya no tenían más que un destello de vida, que se apagó en aquel momento. Durante casi cinco minutos, César de Echagüe conservó el cuerpo de Ginevra Saint Clair entre sus brazos.

-Tenemos que marcharnos -dijo Yesares-. Pues aquí corremos peligro.

César se puso en pie. Con toda facilidad levantó entre sus brazos el cuerpo que la noche antes estrechó lleno de vida, y sin montar a caballo, marchó lentamente hacia el Cañón del Rocío.

## Epílogo

Junto a la cabaña, al pie de un sauce llorón, Ginevra fue depositada para que durmiera el sueño de paz eterna. Yesares ayudó a César en todas las operaciones, y cuando el cuerpo de Ginevra fue descendido al fondo de la sepultura, sobre él César depositó dos crisantemos de oro.

Meses más tarde llegarían del Japón semillas por varios miles de crisantemos amarillos que serian sembrados en la tumba, y que luego, con el curso de los años, invadirían todo el cañón.

Pero, de momento, sólo flores silvestres adornaron aquella tumba. César, cuando estuvo cubierta, alejóse lentamente.

-Era una mujer extraña -comentó Yesares.

-Era una pobre mujer -murmuró César-. El destino jugó con su vida, pero al menos le

concedió, el placer de morir por algo digno.

-¿La amaba? -preguntó Yesares.

César no respondió. El sol había surgido ya sobre la tierra, llenándola de alegría. El californiano avanzaba lentamente, como sumido en tristes recuerdos. Cuando llegó al rancho, Guadalupe le aguardaba junto a la puerta.

-¿Qué ha ocurrido? -preguntó, asustada.

-La Calavera ha sido exterminada.

-¿Y aquella mujer?

César miró a Guadalupe. En el hermoso rostro de la linda joven vio una inquietud que por primera vez supo interpretar. Guadalupe temía la rivalidad de la otra.

-Ha muerto -contestó, al fin-. Pero antes nos salvó la vida. No le guardes rencor. Ella casi no supo lo que ha sido felicidad.

Guadalupe estuvo a punto de replicar que, por lo menos, aquella mujer había sido dueña de unas horas de amor con él. ¿Qué importaba la muerte después de haber tenido aquella felicidad? Pero César de Echagüe no comprendería, porque estaba ciego...

-Lo comprendo todo, Lupita -murmuró César-; pero hoy no puedo hablar. Otro día... Tenemos tiempo... Además, me siento traidor a ella -y la mirada de César se posó en el gran retrato de Leonor de Acevedo, su primera mujer-. Y también me siento traidor a ti. Perdóname.

Y porque no quería que ni aun la mujer cuyo amor hacia él acababa de descubrir en aquel momento pudiera ver llorar al *Coyote,* César de Echagüe corrió a encerrarse en su despacho.

Luego, Guadalupe vio cerrarse la puerta y permaneció rígida, como convertida en hielo... Pero dentro de su pecho ardía un intenso fuego y una creciente alegría.

¡Al fin, César había comprendido! Y ante ella se abría el porvenir. Podía esperar porque ahora ya estaba segura de que en el corazón de César de Echagüe no había indiferencia hacia ella.

Al pensar en Ginevra Saint Clair, Guadalupe ya no sintió odio ni celos, y arrodillándose ante la imagen de la famosa virgen mejicana, Lupe juntó las manos y rogó por el alma de la mujer que había muerto por *El Coyote.*

jlv